

IVÁN
EL
TONTO
y otros
cuentos

LEV
TOLSTÓI

SIRUELA

LEV TOLSTÓI

Iván el Tonto
y otros cuentos



Ediciones Siruela

IVÁN EL TONTO y otros cuentos

LEV TOLSTÓI

Introducción de
Víctor Andresco

Traducción del ruso de
Alexis Marcoff

Las Tres Edades Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta
Portadilla
Iván el tonto y otros cuentos
Introducción
Iván el Tonto
Las ciruelas
Lipúniushka
Los dos hermanos
El zar y la camisa
La ardilla y el lobo
El campesino y el espíritu de las Aguas
El león y el perrito
El zorro y el urogallo
El lobo y el perro
El viejo caballo
Un mentiroso
El campesino y los patos
Malania y Akulina
El ratón y la rata campestre
Una fiera terrible
Padre e hijos
Ilías
El ciego
Los ratones y el gato
El abuelo y su nieto
La zorra y la grulla
Felipín
El erizo y la liebre
El perro muerto
El manantial

Los melocotones

Notas

Créditos

IVÁN EL TONTO Y OTROS CUENTOS

INTRODUCCIÓN

Infancia, adolescencia y juventud: las grandes esperanzas

Lev Tolstói, el barbado patriarca de las letras rusas, ha pasado a la historia como uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos. Pero es necesario recordar que también fue, a lo largo de toda su vida, un inquieto investigador del folclore y las tradiciones literarias de Rusia y de otras culturas. Y que desde muy joven se volcó en la educación de niños y adolescentes, desarrollando una importantísima labor pedagógica. De modo que estos cuentos no son únicamente obras cortas de un gran prosista: son piezas esenciales de todo un mecanismo ideado para formar a las generaciones futuras. Leídos hoy, algunos de ellos nos pueden resultar ingenuos o muy conocidos, pero tenemos que verlos en toda su dimensión. Si indagamos un poco en la historia podremos afirmar, desde luego, que «eran otros tiempos»; si leemos a Tolstói descubriremos, además, que no sólo fue un excelente escritor, sino que hizo cosas muy importantes movido por sus ideales de igualdad y justicia y por su idea del amor.

La vieja Rusia de los zares

A mediados del siglo XIX, en concreto en 1849 y bajo el reinado de Nicolás I, Rusia era un enorme país anclado en injustas costumbres feudales, donde aún imperaba la esclavitud —los siervos eran llamados *almas* y se compraban y vendían impunemente—, existía una severísima censura y la tierra pertenecía a unos pocos propietarios. El conde Lev Nikoláievich Tolstói nació en 1828 en Yásnaia Poliana, la finca de una de esas

familias de la aristocracia en las que se hablaba francés como signo de distinción y los niños estudiaban en su casa con preceptores e institutrices. Ahora sabemos que Tolstói estaba destinado a destacar porque su obra brilló, desde el principio, con luz propia, y un siglo después de haber sido escritas, sus novelas —como *Resurrección* o *Anna Karénina*— siguen siendo obras maestras. Pero si prestamos atención a su actividad pedagógica veremos que también supo enfrentarse muy pronto a determinadas costumbres y convenciones. Así fue como fundó, con sólo veintiún años, la primera escuela de Yásnaia Poliana para los hijos de los campesinos. Siempre afirmó que su trabajo como educador era el más importante de cuantos había desempeñado; con los años llegó a crearse toda una red de escuelas infantiles en la región de Tula y él mismo impartió algunas de las clases. Muchos años después este proyecto educativo fue una referencia para los pioneros de la pedagogía moderna como Montessori y Steiner.

Amor y pedagogía

Si tenemos en cuenta que Tolstói hizo muchas cosas —además de escribir muchos miles de páginas participó activamente en la vida militar, estudió historia, viajó por Europa—, veremos hasta qué punto era grande su interés por la formación inicial de los niños. Viendo que los materiales educativos de la época eran escasos e inadecuados, él mismo hizo un nuevo *Alfabeto* —también llamado *Silabario*— para enseñar a los niños de sus escuelas. Esta *Ásbuka* era un completo manual con el que los escolares iniciaban su andadura en el rico universo de las palabras; por eso se hacía imprescindible contar con unas primeras lecturas que ayudasen a interpretar el mundo. No tenía sentido vencer los terribles obstáculos del analfabetismo y los prejuicios del medio rural para quedarse en blanco ante la falta de libros y obras de consulta. Tolstói comenzó a trabajar con leyendas populares y cuentos de la tradición oral, con refranes y *bylinas* —las fábulas de la mitología popular rusa— y con versiones clásicas como las de Esopo y Herodoto, recreando sus motivos y depurando sus moralejas. En 1872 publicó una primera versión de su *Cartilla* que contenía cuatro colecciones de cuentos rusos, otras cuatro de cuentos eslavos, lecciones de escritura, lectura y aritmética y una guía para los maestros que utilizaban el manual. La acogida que tuvo el proyecto tolstoiano fue tan grande que enseguida tuvo que hacer una nueva versión ampliada (que vio la luz tres años más

tarde), y de las antologías de cuentos se hicieron más de veinte reediciones en vida de su autor.

Éste es el origen de los relatos, de muy distinta extensión, aquí reunidos. El que da título al volumen, *Iván el Tonto*, fue escrito algo más tarde y su denominación original es *La historia de Iván el Tonto y de sus dos hermanos: Semión el Guerrero y Tarás el Panzudo, y de su hermana muda Malania y del viejo diablo y los tres diablillos*. Tolstói comenzó a escribirlo en agosto de 1885 y lo dio por terminado en el mes de octubre, pero dadas las duras condiciones políticas de la Rusia zarista —ocupaba el trono Alejandro III— supo que le sería imposible publicarlo por separado y sin censurar los comentarios más críticos acerca del poder absoluto. Sólo en 1906 pudo ser publicado en su versión íntegra. Las traducciones de Alexis Marcoff de estos cuentos son ya un clásico (de las primeras que se hicieron en España) y nos ayudan a comprender el inmediato interés que suscitó la obra de Tolstói en todo el mundo; desde muy pronto la mayor parte de su obra fue un gran éxito en todas las lenguas.

La memoria y la biografía

Ya de joven Tolstói se había propuesto dejar constancia de su propia experiencia vital a través de un gran fresco autobiográfico y así fueron apareciendo los tres volúmenes de sus *Memorias*, titulados, *Infancia*, *Adolescencia* y *Juventud*. Al valor objetivo de este monumento de la literatura de la memoria se une un elemento profundamente simbólico, puesto que para Tolstói estas tres fases del desarrollo de la personalidad son, al mismo tiempo, tres ejes básicos de la creatividad. En un fiel reflejo de su fe en las nuevas generaciones, el autor simultanea la ficción con la literatura didáctica y su visión moral guía buena parte de su producción. También en este aspecto la aportación tolstoiana es pionera y aún hoy su nombre es un valioso referente para quienes se interesan por el conocimiento literario del individuo y el papel de la creación artística en el desarrollo personal.

A ello hay que añadir la indismayable confianza puesta por el escritor en los niños y jóvenes como portadores de la esperanza del conjunto de la sociedad. Para ser leídos o escuchados por cualquiera con independencia de su edad, los cuentos de este libro apelan a la grandeza de esa triple condición del hombre: la de niño, adolescente y joven que

antes o después habrá de enfrentarse al mundo. Esa «trinidad de la inocencia» — podemos llamarla así por oposición a la madurez del hombre, el estado en el que afloran los resultados de la maldad, la ignorancia y el desamor— se revela como base de la convivencia futura. Profundamente morales, todos estos cuentos tienden a mostrar los mecanismos del alma humana frente a la realidad. Son, en cierto modo, ejercicios de estilo sobre el bien y el mal, sobre el libre albedrío, sobre la esencia del alma humana. A veces Tolstói se limita a enunciar, de la forma más sencilla, algunos episodios o fábulas procedentes de distintas tradiciones orales y con ellos pone al lector contra las cuerdas de su propia conciencia.

Verdad, bondad y belleza

Tolstói fue, o al menos lo intentó, un hombre bueno. Por encima de cualquier otra consideración —siendo importantes el orgullo, la calidad, el destino, la justicia, el amor y la nobleza en sus distintas acepciones—, el padre de la novela rusa hizo de su vida un acto de fe en el hombre y el futuro de la humanidad. Infatigable buscador de una verdad espiritual compatible con la inteligencia y con la sensibilidad, el conde Lev Tolstói vivió, sufrió, disfrutó y agotó sus días demostrándose a sí mismo y a los demás que había cumplido con su parte.

Tolstói —como se aprecia en estos cuentos de extrema sencillez, universales por su descripción de las emociones, las actitudes y los sentimientos— fue muy sensible a la perversión del mensaje de paz que está en el origen de las religiones. Rusia, que durante siglos fue víctima del absolutismo y el aislamiento político, padecía en el siglo XIX las consecuencias de una prolongada ausencia de valores democráticos, teniendo especial importancia la corrupción de las jerarquías eclesiásticas y el abandono de tareas esenciales como la educación.

Leyendo a Tolstói nos hallamos, en fin, ante una prueba irrefutable del poder de la palabra. A veces, como en los evangelios, una palabra —o una frase, al menos— basta; si no para sanarnos, para enseñarnos el camino. Toda obra literaria es el reflejo de la condición humana del escritor; no sólo las aptitudes profesionales del narrador quedan de manifiesto en su trabajo, también las morales. Y Tolstói es el mejor ejemplo de ello. Puede parecer que algunos de estos cuentos están desprovistos de recursos humorísticos

o de artificio literario y en cierta medida es así. Pero si leemos el conjunto de relatos veremos que domina un tono donde cada matiz tiene su lugar y, haciendo balance, encontramos ironía, parodia, sarcasmo y otros instrumentos que matizan el enunciado, del mismo modo que podemos descubrir con nitidez la postura de cada arquetipo ante un mismo hecho.

Tolstói entresaca sus temas de la tradición rural y de los viejos libros de historias populares y anónimas: pueden empezar en una humilde *isba* o en el palacio de un rey, con una pareja de ancianos o con una gallina y un cerdo en un establo pero terminan siempre en nuestro corazón, en ese lugar de nuestra memoria donde nos preguntamos qué haríamos nosotros o en qué se parece lo que acabamos de leer a lo que una vez nos imaginamos. De este modo Tolstói consolida su verdadero triunfo como escritor y nos demuestra, de palabra y de obra, que la verdad y la bondad son formas de una misma raíz. Que la búsqueda de la belleza y la búsqueda de la verdad son una misma búsqueda y que en el camino hacia la felicidad siempre hay un descubrimiento garantizado: el de uno mismo. Por eso debemos agradecer el tesón, las intuiciones y la grandeza de este hombre lleno de vida y celebrar que hoy, casi un siglo después de su muerte, podamos disfrutar de sus libros en unas condiciones que él sólo pudo imaginar.

Víctor Andresco

IVÁN EL TONTO

I

Érase una vez un campesino muy rico que vivía en un reino lejano. El campesino tenía tres hijos: uno llamado Semión, el Guerrero, otro llamado Tarás, el Panzudo, y el tercero Iván, el Tonto. Tenía además una hija, llamada Malania, que era muda. Semión el Guerrero se marchó a luchar por el zar. Tarás se fue a la ciudad a trabajar en casa de un mercader, e Iván se quedó con su hermana Malania.

Semión consiguió muy pronto una alta graduación y un feudo, en recompensa por los buenos servicios prestados a la causa del zar, y se casó con la hija de un rico hacendado. Sus dominios eran muy extensos y ganaba mucho dinero, pero su esposa lo gastaba en demasía, con lo que siempre andaba escaso.

Cierto día Semión se preparaba para viajar por sus tierras con el fin de cobrar las rentas que debían producir cuando su administrador le dijo:

—No hay nada que cobrar. No tenemos ni ganado, ni caballos, ni siquiera arados con que trabajar la tierra. Es necesario comprar todo esto. Ésa es la única forma de ganar dinero más adelante.

Semión regresó a casa de su padre y le dijo:

—Padre, tú eres rico, tienes mucho dinero y todavía no me has dado nada. Vengo para que me des el tercio que me corresponde, y así podré hacer trabajar mis tierras.

—Pero tú, ¿qué has traído a casa? ¿Por qué tengo que darte la tercera parte de mis bienes? Si así lo hiciera, perjudicaría a Iván y a Malania —respondió el padre.

—Iván es tonto y Malania, muda. Ellos no necesitan el dinero —respondió Semión.

—Entonces vamos a hacer lo que diga Iván.

E Iván consintió en que Semión se llevara su parte de la herencia.

Semión recibió su dinero y lo empleó en sus tierras, dedicándose nuevamente a servir

al zar.

Tarás el Panzudo igualmente consiguió por su parte ganar mucho dinero. Se había casado también con la hija de un rico mercader, pero así y todo tampoco le sobraba el dinero.

Al igual que su hermano Semión, se fue a ver a su padre y le dijo:

–Dame la parte que me corresponde de tus bienes.

El padre le contestó lo mismo que a su hermano:

–No has traído nada a casa todavía y lo que tenemos ahora lo ha ganado Iván. No tenemos derecho a perjudicarlo, ni tampoco a Malania.

Y Tarás le hizo la misma observación que le hiciera Semión, diciéndole:

–¿Para qué va a necesitar Iván el dinero, si es tonto? Nadie querrá casarse con él, ninguna mujer le escogerá como marido. Y por otra parte, Malania, al ser muda, no tiene necesidades.

Volviéndose hacia Iván, le dijo entonces:

–Dame la mitad del trigo. No te pido ningún apero. Y de tu ganado sólo quiero aquel caballo gris que no te sirve para nada.

–Bueno –asintió Iván, echándose a reír.

Y así fue como Tarás el Panzudo recibió una parte de lo que le correspondía. Montó en el caballo gris y se llevó el trigo a la ciudad. Iván el Tonto se quedó tan sólo con una yegua vieja para labrar sus tierras.

II

El diablo viejo se enfureció al ver que los tres hermanos no habían reñido al repartir los bienes de su padre y se habían separado tan amigos como antes.

Llamó entonces a tres diablillos y les dijo:

–Escuchadme: hay tres hermanos, Semión el Guerrero, Tarás el Panzudo e Iván el Tonto. Me gustaría que riñesen entre sí, pero viven en perfecta armonía... y todo por culpa de Iván, que es tonto. Id a ver si lográis que se peleen hasta sacarse los ojos... ¿Podréis hacerlo?

—¡Claro que sí! —respondieron a coro los diablillos.

—¿De qué modo pensáis conseguirlo?

—Empezaremos por arruinarlos, hasta que no tengan qué comer. Luego los reuniremos y entonces es seguro que se enemistarán.

—¡Muy bien! —exclamó el diablo muy contento—. Habéis comprendido bien qué es lo que se trata de conseguir. Ahora marchaos y no volváis hasta que se termine vuestra misión. De lo contrario os despellejaré.

Los diablillos volvieron a su lodazal y allí empezaron a discutir acerca de lo que tenían que hacer. Discutieron durante mucho rato, puesto que cada uno de ellos procuraba reservarse la tarea más fácil. Al fin decidieron echarlo a suertes, conviniendo en que si uno terminaba su cometido antes que los demás debería prestar ayuda a sus compañeros.

Después de sortear el trabajo que correspondía a cada uno, fijaron el día en que deberían reunirse nuevamente para saber quién había terminado su misión y a quién habría que ayudar, según lo convenido. Llegó el día fijado, y los tres diablillos se reunieron nuevamente para tratar el asunto.

Primero hablaron de Semión el Guerrero.

—He conseguido mucho, para empezar —dijo uno de ellos—. Semión el Guerrero irá mañana a casa de su padre.

—¿Para qué? —preguntaron los demás.

—He logrado infundir tanto valor a Semión que incluso ha prometido lanzarse a conquistar el mundo entero. El zar le ha nombrado mariscal de su ejército y le ha mandado a luchar contra el soberano de la India. Semión se ha dirigido hacia allí con su ejército y se ha enfrentado con el de tan lejano país. Entonces yo humedecí la pólvora de las fuerzas de Semión y al mismo tiempo convertí en paja a los soldados indios. Los soldados de paja rodearon por todas partes al ejército de Semión, que, viéndose acorralado, sintió miedo. Ordenó abrir fuego contra el ejército indio, pero ni los cañones ni los fusiles dispararon. Semión fracasó por completo. Al regresar le despojaron de sus bienes y ahora se disponen a fusilarle. Está en la cárcel. Solamente me falta sacarle de allí para que mañana vaya a casa de su padre. Ahora decidme a quién de vosotros tengo que ayudar.

Entonces habló el segundo diablo, refiriéndose a Tarás el Panzudo.

—Mi tarea también está bien encaminada y no necesito ayuda de nadie. No habían transcurrido ni ocho días cuando la situación de Tarás había cambiado por completo.

Primero le hice engordar y logré que sus deseos de enriquecerse aumentaran. Su codicia llegó a tal punto que quería comprar todo cuanto veía. Ya ha comprado muchísimas cosas, pero todavía sigue adquiriendo todo cuanto se le antoja. Gastó todo su dinero y ahora ha empezado a gastar el que ha pedido prestado. Está tan comprometido y su situación es tan difícil que no podrá salir de ella. Dentro de ocho días deberá pagar sus deudas y no tendrá con qué, puesto que he transformado en estiércol sus cosechas. No tendrá más remedio que volver a casa de su padre.

Le tocó el turno al tercer diablillo.

—No sé qué deciros. Todo me ha ido mal. Empecé por escupir dentro del barril de kvas¹ que utiliza Iván el Tonto para que le doliese la barriga. Luego endurecí sus tierras hasta convertirlas en piedras para que no pudiese ararlas, pero Iván es tan tonto que con paciencia ha logrado ablandar el terreno. Lo hacía empleando todas las fuerzas y por fin lo ha conseguido. Rompí su arado, pero volvió a su casa, cogió otro nuevo y siguió arando. Me escondí bajo tierra procurando sujetar la reja del arado, pero no había forma de detenerlo e Iván seguía empujando sin parar. Incluso me ensangrentó las manos con las hojas. Iván ha arado casi todo el campo... le queda muy poco para terminar... Venid conmigo para ayudarme. Si Iván sigue trabajando ninguno de sus hermanos llegará a ser completamente pobre, porque el tonto les ayudará a todos.

El diablillo que se había ocupado de Semión el Guerrero prometió volver al día siguiente para ayudarle y todos se separaron.

III

Entretanto Iván el Tonto había arado casi todo su campo menos una franja de tierra. Le dolía terriblemente la barriga, pero seguía esforzándose en trabajar. Limpió el arado, dio la vuelta y empezó otro surco, pero cuando introdujo la reja en la tierra se dio cuenta de que se había atascado en una raíz. Era el diablillo que la cogía por debajo.

—¡Qué cosa tan rara! —pensó Iván—. Estoy seguro de que aquí no puede haber raíces... no ha habido nunca... ni siquiera una pequeña... y ahora de repente el arado se atasca en una.

Metió su mano en el surco, sondeó por todas partes y tocó una cosa blanda. La cogió y la arrojó lejos. Era una cosa negra parecida a una raíz, pero se movía.

–¡Vaya! ¡Vaya! ¡Parece un diablillo! ¡Qué bicho tan asqueroso!

Y al decir esto quiso aplastar su cabeza en el suelo con el arado.

–Por favor, no me aplastes... haré todo cuanto me pidas –suplicó el diablillo.

–¿Y qué puedes hacer por mí?

–Todo lo que quieras. No tienes más que pedir.

Iván se rascó la cabeza.

–Mira, me duele mucho la barriga. ¿Podrías curarme?

–¡Naturalmente!

–Entonces cúrame.

El diablillo se acercó al surco, cavó la tierra con sus garras, extrajo de allí una raíz de tres puntas y se la tendió a Iván.

–Toma. Tienes que tragarte una de estas puntas de la raíz e inmediatamente te desaparecerá el dolor.

Iván arrancó una punta, la tragó y sintió inmediatamente que estaba curado.

–Suéltame ahora –se apresuró a rogarle el diablillo–. Me hundiré en la tierra y no volveré nunca más a pasearme por aquí.

–Está bien. Vete con Dios.

Al pronunciar estas palabras, el diablillo se hundió en la tierra como piedra en el agua. Sólo quedó un agujero en el sitio por donde había desaparecido.

Iván se guardó en la gorra las dos puntas que quedaban de la raíz y siguió trabajando. Cuando terminó, dio vuelta al arado y regresó a casa.

Al llegar allí, desenganchó los caballos y entró en la isba.

Allí estaban esperando su hermano mayor, Semión el Guerrero, y su esposa. Estaban sentados a la mesa, esperando que sirvieran la comida. Había sido despojado de todos sus bienes y a duras penas había podido huir de la cárcel, escondiéndose en la casa paterna.

–Hemos venido a vivir contigo. Tendrás que mantenernos a mí y a mi esposa hasta que encuentre la forma de ganar dinero.

–Está bien –respondió Iván el Tonto, sentándose en un banco–. Podéis vivir aquí en paz.

–¡Ah! No puedo comer con ese campesino. ¡Apesta! –dijo la esposa de Semión a su marido, molesta por el mal olor que despedía Iván.

Entonces Semión le dijo a su hermano:

—Mi esposa dice que hueles mal. Sería mejor que comieras en el zaguán.

—Está bien —dijo Iván—. Ya anochece y es hora de dar el pienso al caballo.

Cogió su chaqueta y una rebanada de pan y salió para ver si todo había quedado en orden.

IV

El diablillo que se ocupaba de Semión el Guerrero había tardado en acudir en ayuda de su compañero, según habían convenido, y cuando fue a buscarlo no encontró a nadie. Vio solamente el agujero por donde había desaparecido.

—¡Caramba! Le habrá ocurrido algo. Voy a tener que sustituirlo. Veo que Iván ha tenido tiempo de arar toda la tierra. Iré a encontrarlo cuando empiece a segar.

Se dirigió hacia el prado y lo cubrió todo de barro. Iván el Tonto se despertó al amanecer, cogió la guadaña y se dirigió hacia el prado y empezó a segar, pero la guadaña no cortaba. Había que afilarla.

—Volveré a casa, cogeré una piedra de afilar y un poco de pan —se dijo Iván—. Aunque tenga que trabajar aquí toda la semana, no me iré hasta que lo haya segado todo.

Al oír estas palabras, el diablillo pensó: «¡Qué testarudo es este Iván! Me costará mucho salirme con la mía. Tendré que emplear otros medios».

Iván el Tonto afiló la guadaña, volvió al prado y empezó a segar. Entonces el diablillo se deslizó por la hierba y empujó la punta para clavarla en la tierra. Trabajar en estas condiciones era muy difícil para Iván, pero seguía segando hasta que sólo le faltó una franja de terreno que llegaba hasta las orillas del lodazal. El diablillo se escondió sumergiéndose en él. Entonces Iván se acercó al lugar donde estaba escondido el diablillo. Allí la hierba escaseaba pero a pesar de todo le era muy difícil manejar la guadaña. Furioso, Iván la arrojó con toda su fuerza y el diablillo apenas tuvo tiempo para esquivar el golpe.

Ya más calmado, Iván cogió nuevamente la guadaña y empezó a segar, pero pronto volvió a enfadarse y la arrojó lejos de sí con rabia. Esta vez, el diablillo que se había escondido tras un arbusto recibió el golpe en el rabo y se lo cortó por la mitad.

Mientras tanto, Iván, habiendo terminado su trabajo, ordenó a la muchacha que

recogiera la hierba y se puso a segar el centeno, pero encontró todo el campo revuelto, pues el diablillo había tenido tiempo de pasar por allí.

Iván volvió a casa, dejó la guadaña y cogió una hoz bien afilada con la que segó todo el centeno.

—Ahora, solamente me falta segar la avena —se dijo Iván.

El diablillo del rabo cortado, al oír estas palabras, pensó: «Muy bien, aunque no he podido cogerle cuando segaba el centeno, le cogeré mañana cuando siegue la avena».

Por la mañana del día siguiente se dirigió al campo de avena, pero lo encontró ya todo segado: Iván el Tonto había segado durante toda la noche.

—¡Ya lo ha segado todo! —exclamó el diablillo fuera de sí—. ¡Esta vez sí que me ha engañado el maldito. Ni en la guerra he visto que nadie pusiera tanto ardor en algo. ¡Ni siquiera duerme de noche, el condenado! ¡Pues entonces voy a procurar estropear sus gavillas!

Dicho esto, el diablillo se introdujo en las gavillas de centeno y calentándolas con el calor que despedía su cuerpo las iba estropeando.

Sin darse cuenta se quedó dormido. Mientras tanto, Iván había enganchado su yegua y había ido a buscar las gavillas. Se detuvo junto al haz donde dormía el diablillo y levantó un par de gavillas con la bielta clavándola precisamente junto a la cola del infeliz diablillo. Al retirarla se quedó sorprendido al ver que entre las púas había un diablillo vivo con el rabo cortado que se retorció tratando de huir.

—¡Ah, eres tú, bicho asqueroso! ¡Todavía andas por aquí!

—No, no... no soy el mismo... aquél era mi hermano. Yo estaba con Semión el Guerrero.

—Lo mismo me da quién seas —exclamó Iván el Tonto—, correrás la misma suerte que el anterior. Te aplastaré contra el suelo.

Pero el diablillo le suplico:

—Oh, déjame. No te molestaré más y haré todo lo que me pidas.

—¿Y qué puedes hacer por mí?

—Puedo convertir cualquier cosa en soldados para ti.

—¿Y para qué necesito yo los soldados?

—Te servirán para lo que quieras. Un soldado sirve para todo.

—Bueno. ¿Saben cantar los soldados?

—Claro que sí.

–Entonces ya puedes hacerlos.

–Toma esta gavilla, sacude las espigas contra el suelo diciendo al mismo tiempo: «Mi esclavo te ordena que dejes de ser gavilla y que cada una de tus espigas se convierta en soldado».

Iván hizo tal como le había indicado el diablillo y las espigas se convirtieron inmediatamente en soldados que tocaban tambores y trompetas.

–¡Qué bien! ¡Qué divertido! Esto agradará mucho a las muchachas del pueblo – exclamó Iván, echándose a reír.

–Bueno, ahora suéltame –chilló el diablillo.

–Eso no –dijo Iván–, tienes que rehacer las espigas, si no se desperdiciarán todos los granos. Enséñame cómo puedo transformarlas de nuevo en gavillas. Las desgranaré cuando llegue el momento de trillar.

–Tienes que decir: «Tantos soldados, tantas espigas. Mi esclavo ordena que se conviertan de nuevo en gavillas».

Iván lo hizo así y en el acto los soldados se transformaron en gavillas.

–Bien, entonces suéltame ya –chilló el diablillo.

–Está bien.

E Iván el Tonto le dejó en el suelo, diciéndole:

–Vete con Dios.

Apenas había pronunciado estas palabras, el diablillo se hundió en el suelo como piedra en el agua.

Iván regresó a su casa donde encontró a su segundo hermano, Tarás el Panzudo, que le esperaba con su esposa para cenar.

Tarás el Panzudo no había podido pagar sus deudas y había tenido que ir a esconderse a la casa de su padre.

–Iván –dijo Tarás–, tendrás que mantenernos a mí y a mi esposa hasta que consiga el dinero suficiente para pagar cuanto debo.

–Está bien –dijo Iván–, quedaos a vivir aquí hasta cuando queráis –se quitó la chaqueta y se sentó a la mesa.

–¡Oh! No puedo comer sentada a la misma mesa que Iván –exclamó la esposa de Tarás–. Huele terriblemente a sudor.

–Es verdad. Hueles mal, Iván. Vete a comer al zaguán –dijo Tarás el Panzudo, igual que antes lo hiciera Semión.

—Está bien —contestó Iván.

Cogió un pedazo de pan y cuando salía dijo:

—Precisamente tenía que dar pienso a la yegua.

V

Cumplido su cometido, el diablillo que se cuidaba de Tarás fue a reunirse con sus compañeros para ayudarles a vencer a Iván el Tonto, según habían convenido.

Se dirigió primeramente al campo, pensando encontrarlos allí, pero solamente vio un agujero en el suelo. Se dirigió hacia el prado y halló un trozo de rabo al borde del lodazal y otro agujero entre las gavillas.

—¡Caramba! —se dijo—. Les ha debido de ocurrir algo malo. Tendré que sustituirlos para vencer a este Iván.

Se fue en su busca.

Entretanto, Iván había terminado su trabajo y estaba en el bosque talando árboles, puesto que sus hermanos se sentían a disgusto en la casa porque la encontraban demasiado pequeña y le habían mandado que construyera otra nueva.

El diablillo se dirigió hacia el bosque, deslizándose entre las ramas, y se dispuso a molestar a Iván mientras trabajaba.

Iván estaba talando un grueso árbol, procurando que cayera en un lugar despejado para luego hacerlo rodar, pero al caer se enredó en las ramas de otro árbol.

Iván cogió una pértiga tratando de desenredarlo y después de mucho esfuerzo lo consiguió. Al fin el árbol cayó al suelo.

Cuando estaba talando el segundo sucedió lo mismo. Estaba muy cansado, porque con mucho esfuerzo había talado unos cuantos árboles pequeños y todavía no había derribado ni diez cuando llegó la noche.

Estaba completamente extenuado y todavía seguía trabajando. Taló otro árbol, pero sintió tanto dolor en la espalda que no podía ni sostenerse en pie. Entonces arrojó el hacha y se sentó a descansar.

Al verlo sentado, el diablillo se alegró mucho.

—Ahora abandonará su trabajo —pensó. También yo voy a descansar un poco.

Satisfecho, se acomodó en una rama, pero al cabo de un rato, Iván se levantó de

nuevo, cogió el hacha y empezó a talar otro árbol que tambaleando se desplomó muy pronto con gran estrépito. El diablillo, desprevenido, no tuvo tiempo de apartarse y al romperse una rama le cogió una pata. Iván se acercó a la rama y al ver nuevamente al diablillo vivo, se quedó muy sorprendido.

–¡Otra vez aquí, bicho asqueroso! –exclamó.

–No, no... soy otro. He estado en casa de tu hermano Tarás.

–Lo mismo me da. Seas quien fueres correrás la misma suerte que tus hermanos –y blandiendo el hacha, Iván se disponía a descargarla sobre el diablillo.

–¡No me mates! ¡No me mates!... –gritó éste–. ¡Haré lo que tú quieras!

–¿Y qué puedes hacer?

–Te proporcionaré todo el oro que desees.

–Está bien, hazlo.

–Coge unas hojas de aquella encina y frótalas con las manos. El oro caerá al suelo –le dijo el diablillo.

Iván el Tonto así lo hizo y el oro cayó al suelo.

–Está muy bien, así jugarán los niños con él –dijo Iván.

–Bueno, ahora suéltame –chilló el diablillo.

Iván cogió la pértiga y soltó al diablillo.

–Está bien, vete con Dios.

Apenas hubo dicho «Dios», el diablillo desapareció hundiéndose en la tierra como piedra en el agua. Y en el lugar por donde había desaparecido sólo quedó un agujero.

VI

Cuando los dos hermanos se instalaron en su nueva casa, Iván el Tonto, al terminar su trabajo en el campo, preparó cerveza para festejar aquel acontecimiento, pero sus hermanos se negaron a acompañarle.

–Ya sabemos lo que son las fiestas de los campesinos.

Iván obsequió entonces con cerveza a los campesinos de la vecindad y a sus esposas y también él hizo honor a la bebida. Incluso se alegró y salió a la calle para ver bailar a las muchachas y acercándose a ellas las invitó a cantar.

–Os regalaré una cosa que no habéis visto nunca –les dijo.

Las jóvenes se echaron a reír a carcajadas y cantaron como él les pedía y al terminar le dijeron:

—Ahora, venga el regalo.

—Voy a traerlo enseguida.

Cogió una criba y se dirigió hacia el bosque.

—¡Vaya tonto! —exclamaron las muchachas, y pronto se olvidaron de él.

Al cabo de poco rato le vieron regresar del bosque apresuradamente con la criba llena de algo.

—¿Queréis esto, muchachas?

—¡Claro que sí!

Iván cogió un puñado de oro y lo arrojó a los pies de las muchachas.

—¡Oh, padrecito! —exclamaron todas, y se abalanzaron a recogerlo.

Al darse cuenta los demás de que estaba tirando el oro, acudieron todos peleándose para arrebatarse las monedas unos a otros. Estuvieron a punto de aplastar a una pobre anciana.

—¡Cuidado! Os daré más dinero —gritaba Iván, riéndose a carcajadas y echando oro a puñados. La criba iba vaciándose, pero la gente le pedía cada vez más y más.

—¡Basta! —les gritó Iván—. Otra vez os daré más. ¡Y ahora a cantar y bailar todos!

Las muchachas empezaron a cantar, pero Iván les dijo:

—No me gustan vuestras canciones.

—¿Es que tú sabes otras más bonitas? —le preguntaron.

—Vais a verlo enseguida.

Se dirigió hacia la era, cogió una gavilla y sacudió las espigas en el suelo, diciendo lo que le había indicado el diablillo:

—Mi esclavo te ordena que dejes de ser gavilla y te conviertas en soldado. Cada tres espigas uno.

La gavilla se transformó inmediatamente y aparecieron los soldados. Redoblaron los tambores y sonaron las trompetas. Iván los hizo desfilar por las calles y cuando terminaron de cantar, los condujo hacia la era prohibiendo a todo el mundo que los siguieran. Una vez allí, los transformó nuevamente en espigas y a continuación se fue a casa a descansar.

VII

A la mañana siguiente, Semión el Guerrero, el hermano mayor, se enteró de todo lo ocurrido y fue a ver a Iván el Tonto.

—¿De dónde sacaste tantos soldados? —le preguntó—. ¿Y dónde los escondiste después?

—¿Es que los necesitas para algo?

—Qué pregunta más tonta. Con tantos soldados se puede conseguir cuanto se desee. Incluso se puede conquistar un reino.

Iván quedó muy sorprendido ante tal afirmación.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Puedo conseguirte tantos soldados como quieras, porque hemos tenido muy buena cosecha.

Mientras conducía a su hermano a la era, le dijo:

—Ten presente una cosa: voy a proporcionarte los soldados a condición de que te los lleves de aquí, porque de no ser así acabarían en un solo día con todo lo que hay en la aldea para comer.

Semión el Guerrero le prometió que se llevaría a todos los soldados inmediatamente. Iván puso entonces manos a la obra.

Sacudió una gavilla y en seguida apareció un regimiento; sacudió la segunda y apareció otro regimiento y así hasta que se llenó todo el campo de soldados.

—¿Te basta? —preguntó.

—Sí, ya tengo bastantes. Te agradezco lo que has hecho por mí —dijo Semión muy contento.

—Está bien. Si necesitas más, dímelo. No nos faltan gavillas.

Semión el Guerrero reunió a todos los soldados, formó un ejército y se fue a combatir.

Cuando se hubo marchado llegó Tarás el Panzudo, quien a su vez se había enterado de lo sucedido en la aldea donde vivía su hermano. En cuanto llegó le preguntó:

—¿De dónde sacaste tanto oro? Si yo consiguiera dinero con la misma facilidad que tú, compraría todo lo que hay en el mundo.

—¿Es posible? —preguntó Iván asombrado—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Puedo conseguirte tanto oro como desees.

—Entonces lléname unas tres cribas —dijo Tarás regocijado.

—Está bien. Vamos al bosque. Engancha la yegua, porque si no, no podrás llevarlo todo.

Se dirigieron hacia el bosque y al llegar allí, Iván frotó las hojas de encima con las manos como le había enseñado el diablillo y en seguida se formó un gran montón de oro.

—¿Te basta?

—Por ahora, sí. Gracias —exclamó Tarás muy contento.

—Está bien —dijo Iván—. Si necesitas más pídemelo y te conseguiré cuanto quieras. Aquí no escasean las hojas de encina.

Tarás llenó un carro de monedas de oro y se marchó rápidamente para comerciar con él.

Cierto día, los dos hermanos Semión y Tarás, se encontraron y se confesaron de donde habían obtenido los soldados y el dinero.

—Yo conseguí conquistar un reino y ahora vivo en la abundancia —dijo Semión el Guerrero—, pero me falta dinero para mantener a mi ejército.

—Pues yo tengo mucho dinero, pero estoy muy preocupado porque no tengo a nadie que me lo custodie —dijo Tarás.

—Entonces vamos a ver a Iván. Yo le pediré más soldados y te los daré para que te guarden el dinero y tú le pides más oro y me lo darás para que mantenga a mi ejército.

Y ambos se dirigieron a casa de Iván el Tonto.

Al llegar, Semión le dijo:

—Hermano, me hacen falta más soldados. Tendrás que conseguirme más.

Pero Iván movió la cabeza en ademán negativo.

—No voy a conseguirte los así como así.

—¿Por qué no? ¿No me lo habías prometido?

—Sí, te lo prometí, pero no voy a conseguirte ni uno más.

—¿Por qué no, imbécil?

—Porque hace poco tus soldados mataron a un hombre. Yo estaba arando cerca del camino cuando vi a una mujer que iba llorando detrás de un ataúd. Le pregunté quién se le había muerto y me contestó: «Mi marido. Los soldados de Semión el Guerrero lo mataron en la guerra». Yo creía que los soldados sólo servían para cantar canciones... y resulta que han matado a un hombre... no, no te haré ni uno más.

Se negó rotundamente y no quiso acceder a la petición de Semión.

Tarás el Panzudo a su vez le pidió más oro, pero Iván el Tonto nuevamente movió la cabeza negativamente.

—No te daré más oro.

–¡Pero si me lo prometiste!

–Es cierto, pero no voy a darte más.

–¿Y por qué no, malvado?

–Porque tu oro ha sido la causa de que le quitaran una vaca a Mijaílovna.

–¿Cómo? ¿Qué dices?

–Lo que oyes. La mujer tenía una vaca. Un día sus hijos vinieron a pedirme leche y yo les pregunté: «¿Y vuestra vaca, es que ya no da leche?». Y me contestaron: «Nos la han quitado. Ha venido el administrador de Tarás y se la ha llevado a cambio de unas monedas de oro que le dio a nuestra madre... así es que ahora ya no tenemos leche...». Yo creía que el dinero te iba a servir para divertirte... pero resulta que te ha servido para quitarles la vaca a esos pobres niños... no voy a darte más oro.

E Iván el Tonto se negó rotundamente a proporcionarle más oro. Sus hermanos se marcharon cabizbajos y por el camino empezaron a discutir acerca de la forma en que podían salir del apuro en que se encontraban.

–Escucha –dijo Semión el Guerrero a Tarás el Panzudo–. Vamos a hacer un trato. Tú me das un poco de tu dinero para mantener mi ejército y yo te daré la mitad de mi reino con algunos soldados para que custodien tu oro.

Después de ponerse de acuerdo, la suerte cambió para ellos. Se convirtieron en ricos señores y para ellos todo era abundancia.

VIII

Iván el Tonto, entretanto, seguía viviendo en su casa, manteniendo a sus padres y trabajando en el campo ayudado por su hermana muda.

Un día, el viejo perro de Iván se puso enfermo. Iván le pidió un trozo de pan a su hermana muda, se lo puso en la gorra y fue a dárselo al perro. La gorra tenía un agujero y por él se metió una punta de aquella raíz que le había dado el diablillo. El perro se la tragó con el pedazo de pan y se puso a ladrar alegremente, meneando la cola. Instantáneamente se había curado.

Al ver la rapidez con que se había curado todos quedaron asombrados.

–¿Cómo se ha podido curar tan deprisa? –se preguntaban.

–Es que yo tengo raíces que curan todas las enfermedades –les dijo Iván.

Pasó el tiempo y la hija del zar cayó enferma. El zar hizo publicar un anuncio en todos los pueblos y aldeas del reino en el que decía que recompensaría espléndidamente a quien curase a su hija. Si fuera soltero, se la daría por esposa. La noticia llegó también a la aldea donde vivía con sus padres Iván el Tonto.

—¿Has oído lo que dicen que promete el zar? —le dijeron sus padres—. Dijiste que tenías una raíz que curaba todas las enfermedades. Vete a curar a la hija del zar y podrás vivir feliz durante toda tu vida.

—Está bien —dijo Iván—, iré a curarla.

Preparó sus cosas para el viaje, se puso sus mejores ropas y salió apresuradamente, pero al cruzar el umbral de su casa vio a una pobre mujer que tenía un brazo lisiado.

—Me han dicho que curas todas las enfermedades. ¿Es verdad? —le preguntó la anciana—. Por favor, cúrame entonces, porque no puedo ni vestirme sola.

—Está bien —dijo Iván. Y dio el último trozo de raíz que tenía para curar a la anciana.

Ésta se la tragó y quedó curada en el acto.

Los padres de Iván el Tonto, que habían salido a despedirle, al enterarse de que había entregado la última raíz que tenía a una pobre mujer y que ya no tenía con qué curar a la hija del zar, se enfurecieron y le reprendieron severamente.

—¡Se ha apiadado de una mendiga y no ha sentido lástima por la hija del zar!

Y no era así, puesto que Iván estaba muy triste a causa de la enfermedad de la hija del zar. Enganchó la yegua, puso paja en el carro y se sentó en el pescante.

—¿Adónde vas ahora, tonto? —le preguntaron.

—A curar a la hija del zar —respondió Iván.

—¿Y con qué vas a curarla?

—No lo sé... ya veré...

Y se fue, fustigando su caballo.

Cuando llegó a palacio, apenas había subido por la gran escalera, la hija del zar ya se había curado.

El zar se sintió tan dichoso al saber la noticia que llamó a Iván y cuando le tuvo delante le obsequió con espléndidos ropajes y le dijo:

—Serás mi yerno.

—Está bien —dijo Iván.

Y así fue como Iván el Tonto se casó con la hija del zar. Poco después, cuando murió

el zar, Iván subió al trono y sus dos hermanos se convirtieron a su vez en los parientes más directos del zar.

IX

Los tres hermanos reinaban juntos. El mayor, Semión el Guerrero, era muy feliz. Tenía bajo sus órdenes a todos los soldados que Iván le había proporcionado. También había ordenado que por cada diez casas, un hombre debía ingresar en sus filas. Debía ser fuerte, alto y apuesto, así reclutó un gran ejército y lo instruyó debidamente. Cuando alguno de sus súbditos se negaba a obedecerle, le enviaba a sus soldados y éstos hacían que se cumplieran sus órdenes. Y todos le temían. Vivía muy feliz. Todo lo que imaginaba y todo lo que quería poseer lo obtenía inmediatamente, puesto que no tenía más que enviar a sus soldados y éstos se apoderaban de todo.

Tarás el Panzudo también vivía a sus anchas. No había despilfarrado el dinero que había recibido de su hermano menor. Al contrario, lo había multiplicado. En su reino había hecho prosperar los negocios. Tenía el dinero bien guardado en sus cajas de caudales, pero siempre exigía más dinero de sus súbditos. Cobraba por cada vivienda, por cada zapato y cada calcetín que se fabricaba, sin contar lo que recibía por otros conceptos. Poseía cuanto deseaba, puesto que a cambio de su oro le traían cuanto quería. Todo el mundo trabajaba para él, puesto que todos necesitaban dinero y era él quien lo tenía en abundancia.

Iván el Tonto tampoco vivía mal, pero cuando enterraron al zar le pidió a su esposa que guardara sus regios vestidos en un arcón, se puso nuevamente su camisa de lino, sus zapatos de corteza de abedul y volvió a dedicarse a los trabajos de campo.

—Me aburro —dijo—. Estoy engordando, no tengo ni sueño ni ganas de comer.

Llamó a sus padres y a su hermana muda para que fueran a vivir con él y empezó a arar los campos.

—¿Pero por qué trabajas si eres el zar? —le preguntaron.

—Eso qué importa. También el zar tiene que trabajar para comer —replicaba Iván.

Cierto día fue a verlo un ministro y le dijo:

—No tenemos dinero para pagar los sueldos de nuestros funcionarios.

—Pues no los paguéis.

–Entonces se marcharán todos.

–Que se marchen. Mejor, así tendrán más tiempo para trabajar. Que quiten el estiércol. Hace mucho tiempo que está amontonado sin que se aproveche para nada.

Otra vez vinieron a pedirle justicia. Era un hombre que se quejaba de que le habían robado su dinero.

–Te lo habrá quitado alguien a quien le hacía falta –le dijo Iván.

Y todos estuvieron de acuerdo en que Iván era tonto.

–Todo el mundo dice que eres tonto –le dijo su esposa.

–Será porque es verdad –contestó.

Su esposa empezó a meditar acerca de tal respuesta.

Ella también era tonta.

–¿Qué puedo hacer?... no puedo oponerme a su voluntad. Es mi marido... el hilo debe seguir a la aguja –se dijo para sí.

También ella se quitó sus regios ropajes y los metió en un arcón. Fue a encontrar a su cuñada, la hermana muda de Iván, para que le enseñara a trabajar. Luego empezó a ayudar a su marido.

Ocurrió que toda la gente sensata abandonaba el reino de Iván el Tonto. Sólo quedaron los tontos como Iván y su mujer. Nadie tenía dinero en abundancia, pero todos trabajaban, cada cual se mantenía a sí mismo, ayudando a los que no podían hacerlo.

X

Mientras tanto, el viejo diablo estaba impaciente por saber qué era lo que habían hecho los diablillos para arruinar a los tres hermanos. El tiempo pasaba y él no recibía noticias, por lo que se fue a averiguar por sí mismo qué era lo que había ocurrido.

Empezó por buscar a los diablillos y no pudo dar con ellos por más que buscó. Solamente encontró los tres agujeros que habían quedado en el suelo por donde habían desaparecido.

–¡Vaya! Seguramente no consiguieron sus propósitos –se dijo–. Tendré que poner yo mismo manos a la obra.

Entonces empezó a buscar a los tres hermanos en los sitios donde vivían antes, pero

habían abandonado sus casas. Tuvo un gran disgusto al saberlo. Se dirigió al palacio del zar. Semión, que era también jefe del ejército, le recibió.

—He oído decir que eres un gran guerrero —le dijo el diablo—. Conozco a la perfección el oficio de las armas y tengo grandes deseos de servirte.

El zar Semión, después de hacerle algunas preguntas, lo tomó a su servicio.

El nuevo jefe del ejército explicó detalladamente su plan para reorganizar el ejército.

—Lo más importante es tener gran número de soldados. De lo contrario tendrás en tu reino demasiados holgazanes e inútiles. Hay que reclutar a todos los jóvenes sin excepción alguna. Así tendrás un ejército cinco veces más numeroso que el que tienes. También necesitamos fusiles de los nuevos modelos y también cañones modernos. Fabricaré fusiles que disparen cien proyectiles a la vez, como si fuera una lluvia de guisantes y también crearé cañones que escupan el fuego hasta distancias enormes.

El zar Semión, después de escuchar a su nuevo jefe del ejército, ordenó que se construyeran fábricas de las que saldrían centenares de fusiles y cañones. Cuando todo estuvo preparado, salió a luchar contra el zar más próximo.

Al acercarse el ejército enemigo, Semión el Guerrero dio orden de disparar. En un solo combate, los nuevos fusiles y cañones destruyeron la mitad del ejército adversario.

El zar vecino, aterrorizado, tuvo que rendirse, cediendo su reino al zar Semión.

—Ahora sí que puedo enfrentarme con el soberano de la India —pensó Semión muy satisfecho.

Pero ocurrió que el soberano hindú se había enterado de la audacia y del poder bélico del zar Semión. Había introducido las mismas reformas en su ejército y había construido armas todavía mejores que las de Semión. Y además de hombres había reclutado mujeres jóvenes de entre la población de su país.

Así pudo reunir no solamente un ejército mayor que el de Semión y tener las mismas armas, sino que además encontró la manera de hacer volar un artefacto que arrojaba bombas explosivas desde lo alto.

Al cabo de poco tiempo, el zar Semión salió de su reino para combatir contra el soberano hindú. Esperaba vencerle fácilmente al igual que a su vecino, pero la hoz siega hasta que se oxida.

El soberano hindú, sin esperar a que el enemigo presentase a sus ejércitos para la batalla, envió sus artefactos voladores para que echasen sus bombas explosivas sobre el adversario. Así lo hicieron y el ejército de Semión fue derrotado rápidamente, porque los

soldados aterrorizados huyeron abandonando a su jefe. El soberano hindú, vencedor, se apoderó del reino de Semión el Guerrero y éste se convirtió en un vagabundo, sin rumbo fijo donde dirigir sus pasos.

Una vez hubo acabado con Semión el Guerrero, el viejo diablo pasó a ocuparse de Tarás el Panzudo.

Empezó por establecerse en su reino como mercader. Instaló su comercio y empezó a pagar por lo que compraba un precio tan elevado que todo el mundo acudía a venderle para enriquecerse.

Con gran rapidez todo el mundo empezó a ganar tanto dinero que les permitía pagar regularmente sus impuestos, con lo que Tarás estaba cada vez más contento.

—Todo tengo que agradecerse a este mercader que ha llegado —pensaba—. Gracias a él tendré mucho más dinero y podré vivir mucho mejor.

Hizo nuevos proyectos y se dispuso a construir un nuevo palacio. Ordenó a sus súbditos que le proporcionasen piedra y madera y que se pusieran a trabajar para él. Les pagaba espléndidamente, creyendo que todos los obreros acudirían en masa para trabajar para él, obedeciendo sus órdenes como hacían antes, pero todos preferían seguir llevando el producto de su trabajo a casa del mercader, puesto que éste pagaba todavía más que Tarás.

Éste elevó el precio de sus salarios, y el mercader también ofreció más a los obreros.

Tarás era riquísimo, tenía muchísimo dinero, pero el mercader todavía tenía más. Así que el palacio no se construyó.

Tarás concibió un plan para rodear su palacio de un gran parque y llegado el otoño ordenó nuevamente a sus súbditos que acudieran al trabajo para llevar a cabo su proyecto, pero nadie se presentó. Todos estaban muy ocupados en cavar un gran estanque en la casa del mercader.

Al llegar el invierno, el zar Tarás quiso tener una pelliza de marta cibelina y encargó que le buscaran las pieles, pero su criado volvió diciéndole:

—No hay pieles de cibelina.

El mercader las había comprado todas a un precio fabuloso y se había fabricado una alfombra.

Tarás quiso comprar caballos, pero los criados que fueron a escogerlos volvieron diciendo:

—No hay buenos caballos. El mercader los ha comprado todos para que llevaran agua a

su nuevo estanque y lo llenaran.

Todos los planes y proyectos que el zar Tarás quiso llevar a cabo quedaron sin realizar. Nadie quería trabajar para él y todo el mundo prefería trabajar para el mercader, pero seguían pagándole sus impuestos.

El zar poseía mucho dinero y no podía realizar con él nada de lo que se proponía. Y cada vez era más desgraciado.

Finalmente, tuvo que renunciar a todos sus proyectos, contentándose con hallar lo necesario para poder vivir, pero incluso esto le resultaba difícil. Todos le contrariaban, negándose a obedecer sus órdenes. Su servidumbre –lacayos, cocineros y cocheros– le había abandonado para ir a servir al mercader. Por fin, le faltaron incluso los alimentos. Mandaba a alguien a comprar al mercado, pero allí no había nada, todo lo había comprado el mercader. Sólo le quedaba el dinero y el que iba percibiendo de impuestos y contribuciones, que no le servía para nada.

Desesperado, expulsó al mercader de su reino, pero éste se estableció en la frontera de su reino y siguió comerciando con los súbditos de Tarás.

El mercader compraba todo lo que había y el zar seguía sin poder adquirir nada.

Las cosas fueron empeorando, incluso había días en que el zar no tenía qué comer.

Y de repente empezó a correr el rumor de que el mercader estaba dispuesto a comprar al mismísimo zar.

Tarás se asustó tanto que no supo qué hacer.

Y entonces vino a verle su hermano, Semión el Guerrero.

–Ayúdame –le dijo–. El soberano hindú me ha vencido y destronado.

–Pues yo hace días que no tengo siquiera nada para comer –le contestó Tarás el Panzudo.

XI

El viejo diablo, después de acabar con el segundo hermano, fue a ver a Iván el Tonto. De mercader, se transformó nuevamente en jefe de ejército. Se presentó a Iván y le convenció para que organizara un ejército en su reino.

–Un zar debe tener un ejército. Déjame que ponga manos a la obra. Formaré un ejército con tus súbditos.

–Está bien –dijo Iván–, pero enséñales a cantar canciones bonitas, que me gustan mucho.

El viejo diablo empezó a viajar por todo el reino reclutando hombres para el ejército. Prometía un buen trato a todos y además un barril de aguardiente y un gorro rojo a cada uno, pero los súbditos de Iván eran tontos, contestaban a su proposición con carcajadas.

–Ya tenemos todo el aguardiente que queremos. Nosotros mismos lo fabricamos. Y nuestras mujeres pueden hacernos tantos gorros como queramos y de todos los colores.

Y nadie quiso alistarse.

El viejo diablo fue a ver a Iván para quejarse:

–Todos son imbéciles y no quieren alistarse.

–Pues reclútalos por la fuerza.

Entonces el diablo ordenó que todos debían alistarse inmediatamente. Los que se negaran serían condenados a muerte.

Al conocer la noticia, todos los súbditos de Iván se presentaron al jefe del ejército, que era el diablo, y le dijeron:

–Dices que el zar condenará a muerte a todos los que no quieran alistarse en el ejército. Explicanos, pues, lo que hará con nosotros cuando seamos soldados. Nos consta que también se mata a los soldados.

–Realmente, eso suele ocurrir –les contestó el jefe.

Al oírle, todos los tontos del reino de Iván se negaron rotundamente a alistarse en el ejército.

–No iremos por nada del mundo. Si tenemos que morir, preferimos hacerlo en nuestras casas.

–¡Qué imbéciles sois! ¡Qué imbéciles! –exclamó el viejo diablo–. No comprendéis que si sois soldados tenéis una posibilidad de quedar con vida, mientras que si permanecéis en vuestras casas desobedeciendo al zar, os hará matar sin remisión.

Todos los súbditos de Iván decidieron, después de pensarlo mucho, ir a ver al zar.

–Hay un jefe que quiere obligarnos a que nos alistemos en el ejército. Nos ha dicho que si somos soldados tenemos probabilidades de salvarnos y que si no lo hacemos tú nos harás fusilar a todos.

–¿Es posible? –exclamó Iván el Tonto, y se echó a reír–. No me explico cómo podría yo solo mataros a todos. Quizás si no fuera tan tonto lo entendería, pero soy tan tonto que ni siquiera lo comprendo.

–Entonces, ¿no hace falta que ingresemos en este ejército?

–Claro, no hace falta.

Los tontos del reino de Iván volvieron a ver al jefe del ejército, repitiéndole que se negaban a ingresar en él.

Comprendiendo que no había nada que hacer con aquella gente, el viejo diablo se fue a ver al zar de Tmutarakán, que le merecía toda su confianza.

–Te propongo que vayas a luchar contra el zar Iván –le dijo–. No tiene dinero, pero sí mucho trigo, ganado y todo lo que quieras en abundancia.

El zar de Tmutarakán accedió y reuniendo un gran ejército, fusiles y cañones, se dirigió a la frontera para invadir el reino de Iván el Tonto.

–El zar de Tmutarakán se aproxima y viene a luchar contra ti –anunciaron a Iván.

–Está bien, que venga –contestó.

El zar de Tmutarakán cruzó la frontera y ordenó a los soldados de vanguardia que buscasen el ejército de Iván el Tonto. Buscaron por todas partes, esperando encontrar al menos algún soldado, pero todo fue en vano. No hallaron ni uno. Ni tenían contra quien luchar.

El zar de Tmutarakán ordenó que ocuparan las ciudades. Todos los tontos, hombres y mujeres, salían a las puertas de sus casas y miraban asombrados a los soldados. Éstos empezaron a apoderarse del trigo y del ganado, pero los tontos no opusieron resistencia alguna y permitieron que se lo llevaran todo.

En otras aldeas y ciudades ocurrió lo mismo. Así pasó un día y otro día. No oponían defensa alguna. Incluso algunos invitaban a los soldados a que convivieran con ellos.

–Si os va mal en vuestro país, ¿por qué no os quedáis con nosotros?

Los soldados seguían avanzando sin encontrar ejército enemigo ni resistencia alguna. Por todas partes encontraban buena gente que los invitaban y acogían amigablemente.

Por fin los soldados, aburridos de esta clase de guerra, se presentaron al zar y le dijeron:

–No tenemos contra quien luchar. Envíanos a otras tierras. Nos gusta pelear y aquí no tenemos nada que hacer. No podemos seguir así.

El zar de Tmutarakán se disgustó mucho. Ordenó a sus soldados que recorrieran todo el país devastando las aldeas, destruyendo las casas, quemando el trigo y exterminando el ganado.

–Os mataré a todos si me desobedecéis –les gritó furioso.

Aterrorizados, los soldados cumplieron todas sus órdenes. Incendiaron las casas y los graneros y mataron al ganado.

Los tontos súbditos de Iván no se defendían. Sólo se lamentaban. Lloraban los viejos, lloraban las viejas y lloraban los niños.

—¿Por qué hacéis tanto daño? —decían—. ¿Por qué echáis a perder todo esto? Si lo necesitáis, tomadlo todo...

Esta actitud acabó por disgustar a los soldados. Se negaron a proseguir y finalmente todo el ejército se dispersó.

XII

Al ver que valiéndose de los soldados del zar de Tmutarakán no había logrado lo que deseaba, el viejo diablo se marchó durante algún tiempo, pero apareció de nuevo transformado en un apuesto señor, ricamente ataviado. Se estableció en el reino de Iván; y esta vez se propuso acabar con él valiéndose del poder del oro, como antes había hecho con Tarás el Panzudo.

Se presentó a Iván y le dijo:

—Me propongo quedarme a vivir aquí y favorecerte. Te enseñaré cosas maravillosas, pero primero voy a construirme una gran casa.

—Está bien —le contestó Iván—. Puedes vivir aquí con nosotros, si así lo quieres.

Al día siguiente, el rico señor se fue a la plaza principal del pueblo, llevando un gran saco de oro y una hoja de papel en la mano.

Reuniendo a la gente, les dijo:

—Voy a enseñaros cómo hay que vivir. Construiréis una casa como la que está dibujada en este plano. Vais a trabajar bajo mis órdenes y os pagaré espléndidamente con monedas de oro.

Y les enseñó el oro que llevaba en su saco.

Al ver tanto oro, los tontos del reino de Iván se quedaron maravillados, puesto que nunca habían visto dinero. Solían efectuar sus transacciones intercambiando el producto de su trabajo. Al contemplar las brillantes monedas, exclamaron admirados:

—¡Qué bonitas son!

Y por su trabajo recibieron del gran señor muchas piezas de oro.

De esta forma, igual que cuando estuvo en el reino de Tarás, el diablo empezó a repartir el oro a puñados, recibiendo a cambio trabajo y productos que los súbditos de Iván le proporcionaban.

–¡Esto sí que va bien ahora! Pronto lograré arruinar a Iván el Tonto, igual que hice con Tarás. Terminaré por comprarle a él mismo –pensó satisfecho.

Sin embargo, cuando los tontos habitantes del reino de Iván tuvieron bastantes monedas de oro, las entregaron a sus esposas para que hicieran collares con ellas. Pronto, todas las mujeres y muchachas del reino llevaban las monedas colgadas del cuello o prendidas en las trenzas, mientras que los niños se divertían con ellas jugando en las calles.

La casa que se proponía edificar quedó a medio construir. Tampoco pudo acaparar todo el trigo de la cosecha y el ganado. Nadie tenía ganas de trabajar para él ni de venderle nada a cambio de las monedas de oro, porque pensaban que ya tenían bastantes.

Solamente de vez en cuando se presentaba algún chiquillo que le pedía una moneda de oro a cambio de un huevo. Con lo que pronto no tuvo nada que comer.

Sintió hambre y se fue a una aldea creyendo que allí podría comprar algo. Entró en un corral y ofreció oro a cambio de una gallina, pero la campesina que le recibió no quiso vendérsela.

–Ya tengo bastantes monedas de éstas –le dijo.

Fue a casa de otra mujer, que no tenía hijos, creyendo poder comprarle un arenque, y le ofreció otra moneda.

–¿Para qué la necesito? No tengo hijos ni nadie que pueda jugar con ella. Tengo tres iguales que ésta y no hago nada con ellas.

Entonces el gran señor entró en casa de un campesino para comprar pan, pero éste también se negó a vendérselo a cambio de dinero.

–No lo necesito. Si me lo pides por amor de Dios te lo daré. Espera, voy a decirle a mi mujer que te corte una rebanada.

Al oír aquella palabra, el diablo empezó a escupir y huyó apresuradamente. Y cada vez que alguien le ofrecía algo en nombre de Dios, sentía como si le propinasen una puñalada.

Y así el viejo diablo no pudo encontrar ni un pedazo de pan. En todas partes se negaban a venderle nada a cambio de su oro. Y todos le decían:

–Danos algo útil o trabajo, o si no, acéptalo en nombre de Dios.

Pero el diablo sólo podía ofrecer oro a cambio de lo que pedía. No deseaba trabajar ni aceptar pan en nombre de Dios.

–¿Por qué despreciáis el oro? –replicaba muy irritado—. Con el oro podéis comprar todo lo que queráis y hacer trabajar a cualquiera.

Pero ellos no le comprendían y no le hacían caso.

–No nos hace falta el dinero. No pagamos a nadie, ni tenemos impuestos. ¿Para qué lo necesitamos, entonces?

El zar Iván se enteró de todo esto.

–Dinos qué es lo que debemos hacer –le preguntaban sus súbditos—. Ha venido un gran señor a quien parece gustarle mucho comer, beber y vestir bien, pero que se niega a trabajar y a recibir algo en nombre de Dios. Lo único que hace es ofrecernos monedas de oro. Cuando no teníamos le dábamos lo que nos pedía, pero ahora ya no las necesitamos y nadie quiere darle nada por ellas. ¿Qué haremos para que no se muera de hambre?

–Bien –dijo Iván después de escucharlos—. De todos modos hay que darle algo para que coma. Que vaya de puerta en puerta a pedirlo.

¿Qué podía hacer? El viejo diablo empezó a ir de casa en casa hasta que llegó a la de Iván el Tonto y allí encontró a su hermana muda que estaba preparando la comida de su hermano. Como había sido engañada con frecuencia por los holgazanes que se presentaban a la hora de comer y sin haber trabajado comían lo que ella había preparado, los conocía muy bien y los distinguía por el aspecto de sus manos. Únicamente permitía que se sentaran a su mesa aquellos que tenían las manos callosas y a los demás les daba lo que sobraba.

El gran señor se acercó a la mesa, pero la muchacha le cogió las manos y las examinó atentamente, no tenía callos. Estaban limpias, eran blancas y tenían unas uñas largas y bien cuidadas. La muchacha le echó de la mesa.

–No te enfades, señor –intervino la esposa de Iván—, pero es que mi cuñada no permite que se siente a su mesa a nadie que no tenga callos en las manos. Así es que comerás las sobras, cuando los demás hayan terminado.

El viejo diablo se ofendió y dijo:

–Es una ley de imbéciles la que ordena que todos trabajen con las manos. La habéis inventado porque sois tontos. ¿Creéis que sólo se puede trabajar con las manos? ¿Cómo creéis que trabajan las personas inteligentes? –dijo dirigiéndose luego a Iván.

–¿Cómo quieres que lo sepamos, si nosotros somos tontos? Nosotros trabajamos todos con las manos –le contestó Iván el Tonto.

–Sí, porque sois tontos... pero voy a enseñaros a trabajar con la cabeza. Entonces comprenderéis que es mucho mejor.

Iván quedó asombrado.

–¿Es posible lo que dices? Debe de ser así... por algo todo el mundo nos llama tontos...

–Te digo que trabajar con la cabeza es mucho más difícil que hacerlo con las manos... y vosotros no me dais de comer porque no tengo las manos llenas de callos... ignorando que trabajar con la cabeza es cien veces más difícil... a veces incluso le duele a uno...

Iván empezó a meditar, y luego dijo:

–Entonces, amigo, no entiendo por qué te empeñas en tomarte tantas molestias... más te convendría trabajar con las manos que con la cabeza. Es mucho más fácil...

–Si me tomo tantas molestias es porque me dais lástima, pobres tontos... sin mi ayuda seguiríais siendo siempre igual... por esto quiero enseñaros a trabajar con la cabeza.

–Está bien –contestó finalmente Iván–, si trabajamos con las manos, acabamos por tener callos y nos cansamos... así que, para variar, probaremos a trabajar con la cabeza...

Acto seguido, Iván proclamó a todos los habitantes del reino que había llegado un señor ricamente ataviado que se comprometía a enseñarles a trabajar con la cabeza. Como suponía que así progresarían todos, les invitaba a que siguieran sus enseñanzas.

En el palacio había una torre muy alta con una escalera muy empinada que conducía a la cúspide y una plataforma en lo alto.

Iván invitó al señor a que subiera para que todos pudieran verlo. Cuando estaba en la plataforma, se dirigió a todos los que lo contemplaban.

Los tontos escuchaban atentos, esperando a que les enseñara a trabajar sin utilizar las manos, solamente valiéndose de la cabeza, pero el señor no hacía más que hablar y hablar...

Los tontos no entendieron nada. Escucharon durante un buen rato y luego cada cual volvió a su trabajo.

El viejo diablo siguió allí, hablando un día y otro día, hasta que el hambre le hizo desfallecer, puesto que a los tontos no se les había ocurrido llevarle comida. Creían que si era capaz de trabajar con la cabeza también le sería fácil conseguir pan o cualquier otra cosa.

Transcurrió un día y el diablo seguía hablando desde lo alto de la torre.

La gente se acercaba, le miraba, se extrañaba de su presencia allí y se marchaba asombrada.

—¿Qué? ¿Ya ha empezado a trabajar con la cabeza? —preguntaba Iván.

—Todavía no... Sigue hablando —le contestaban.

Transcurrieron unos días más. El viejo diablo adelgazaba a ojos vistas. Le flaqueaban las piernas y en cierta ocasión, desfallecido, tambaleándose, fue a dar de cabeza contra un pilar que había en lo alto de la torre. Uno de los que lo vieron fue a decírselo a la esposa de Iván. Ella corrió en busca de su marido que estaba trabajando en el campo.

—Ven, ven enseguida. Me han dicho que el señor ya empieza a trabajar con la cabeza.

—¿De veras? —preguntó Iván sorprendido.

Y apresuradamente se dirigió hacia la torre.

El viejo diablo, extenuado, seguía tambaleándose y continuamente se daba coscorrones contra el pilar de la torre. Cuando Iván llegó a la torre, de repente el diablo vaciló y cayó escaleras abajo golpeándose en cada escalón como si fuera contando los peldaños.

—¡Oh! Es verdad lo que decía —exclamó Iván—. A veces la cabeza incluso debe de doler... es distinto a tener las manos callosas. Trabajando así, uno se arriesga a romperse la cabeza.

El viejo diablo quedó con la cabeza hundida en el suelo. Iván se aproximó a él para ver si su trabajo había producido algún fruto, cuando de pronto se abrió la tierra y desapareció en sus profundidades, quedando tan sólo un agujero.

—¡Vaya! —exclamó Iván rascándose la cabeza—. ¡Otra vez ese bicho asqueroso! Aunque no, no es él. Éste debe de ser el padre de aquéllos... ¡está más gordo!

XIII

Iván el Tonto vive todavía. La gente acude de todas partes a su reino. También viven con él sus hermanos. A cualquiera que llega a verlo, Iván le dice:

—Está bien. Quédate a vivir con nosotros. Aquí tenemos de todo.

Sin embargo, en aquel reino existe una sola ley. A todos los que tienen las manos

callosas se les dice: «Sentaos a la mesa para comer». Y a los que no tienen callos se les dice: «Comeréis lo que quede».

LAS CIRUELAS

Cierto día, la mamá de los niños compró ciruelas para que las comieran de postre y las dejó en un plato. Vania no había comido nunca ciruelas y estuvo observándolas durante un rato. Las encontraba muy bonitas y sintió ganas de comerlas. Iba dando vueltas alrededor de la mesa sin atreverse a tocarlas, pero al ver que no había nadie en la habitación no pudo contenerse, cogió una y se la comió.

Antes de comer, la mamá contó las ciruelas y al ver que faltaba una se lo dijo a su marido. Durante la comida, el papá preguntó a los niños:

—¿Alguno de vosotros se ha comido una ciruela?

Todos dijeron que no.

Vania se puso colorado como un cangrejo, pero entonces también dijo que no había comido ninguna.

Entonces el papá les dijo:

—Si alguno de vosotros ha comido una ciruela y no lo dice hace muy mal, pero esto es lo menos importante. Lo malo es que todas las ciruelas tienen un hueso y si uno no sabe comerlas se lo tragará y al día siguiente puede morir.

Vania palideció y dijo:

—He tirado el hueso por la ventana...

Todos se echaron a reír y Vania se puso a llorar.

LIPÚNIUSHKA

Érase una vez un viejo y una vieja que no tenían hijos. El viejo se fue a arar el campo mientras la vieja se quedaba en casa preparando hojuelas.

Cuando hubo terminado de prepararlas, la vieja dijo:

—Si tuviéramos un hijo, ahora podría llevar las hojuelas a su padre... mientras que ahora no hay nadie que pueda hacerlo.

De repente, de un trozo de algodón que había en el suelo surgió un niño que le dijo:

—¡Buenos días, madrecita!

—¿De dónde sales, hijito? ¿Y cómo te llamas?

—He nacido en el pedazo de algodón y me llamo Lipúniushka. Dame las hojuelas y se las llevaré a padrecito.

Pero la vieja le contestó:

—¿Acaso tendrás fuerza para llevarlas?

—Sí que tendré —dijo Lipúniushka.

La vieja envolvió las hojuelas en un pañuelo y se lo dio a su nuevo hijito. Lipúniushka lo cogió y salió corriendo hacia el campo.

En el campo tropezó con un terrón y gritó:

—¡Padrecito! ¡Padrecito! ¡Ayúdame a saltar por encima de este terrón. Te traigo hojuelas!

El viejo oyó que alguien lo llamaba. Fue hacia donde se oía la voz y al llegar al terrón, le preguntó:

—¿De dónde sales, hijito?

Y el niño le contestó:

—He nacido de un pedazo de algodón que había en tu casa —y le entregó las hojuelas.

El viejo empezó a comerlas y entonces el niño le dijo:

—Déjame arar tu campo.

El viejo le contestó:

—No tendrás bastante fuerza para hacerlo.

Pero Lipúniushka cogió el arado y empezó a trabajar. Mientras trabajaba iba cantando.

Pasó una carroza cerca de allí y el señor que iba dentro vio al viejo sentado, comiendo, y a su caballo que araba solo, salió de la carroza y preguntó al viejo:

—¿Cómo es que tu caballo está arando solo?

El viejo le contestó:

—Es un niño el que está arando y es él quien canta.

El señor se acercó más al caballo, oyó la canción y vio al chiquillo.

—¡Viejo! ¡Véndeme a este niño!

—No. No puedo venderlo. No tengo otro.

Al oír esto, Lipúniushka dijo al viejo:

—Véndeme, padrecito. Yo huiré después.

El viejo lo vendió por cien rublos.

El señor pagó los cien rublos, envolvió al chiquillo en un pañuelo y se lo puso en el bolsillo. Cuando llegó a su casa le dijo a su esposa.

—Te traigo una sorpresa.

—Enséñamela —dijo la esposa—. ¿A ver qué es?

El señor sacó del bolsillo el pañuelo en el que había envuelto a Lipúniushka, pero allí no había nada: hacía tiempo que Lipúniushka se había escapado para volver con su padrecito.

LOS DOS HERMANOS

Dos hermanos salieron juntos de viaje. Cuando llegó el mediodía se acostaron a descansar en un bosque. Cuando se despertaron, se extrañaron al ver que cerca de ellos había una piedra con una inscripción. Fueron a ver qué era lo que estaba escrito en ella y leyeron:

«Quien encuentre esta piedra debe emprender la marcha por el bosque en dirección a oriente. En su camino encontrará un río que tendrá que atravesar a nado. Luego encontrará una osa con sus oseznos. Deberá arrebatárselos y correr montaña arriba sin mirar atrás. En lo alto de una montaña verá una casa y en ella hallará su felicidad».

Los dos hermanos leyeron la inscripción de la piedra y el menor de ellos dijo:

—Vamos a ir juntos. Quizás logremos atravesar el río a nado, llevar a los oseznos montaña arriba hacia la casa que hay en lo alto y encontrar en ella nuestra felicidad.

Entonces el hermano mayor le contestó:

—No, no iré a buscar los oseznos y te aconsejo que no lo hagas tú. En primer lugar, nadie nos asegura que sea verdad lo que está escrito en esta piedra. Puede tratarse de una broma y, además, quizás no hayamos comprendido bien el significado de la inscripción. En segundo lugar, aunque lo que hemos leído sea cierto, podría ocurrir que andando por el bosque nos extraviásemos y no encontráramos el río; además, el río puede ser muy ancho y de corriente rápida y, siendo así, no podríamos cruzarlo a nado. En tercer lugar, aunque lográramos cruzarlo, ¿te parece fácil arrebatar los oseznos a su madre? La osa puede atacarnos y en vez de hallar la felicidad en la casa de lo alto de la montaña, pereceríamos tontamente. Por otra parte, aunque lográsemos arrebatar los oseznos a la osa, tampoco sería fácil llegar hasta la casa. Y además, y esto es lo más importante, en la inscripción de la piedra no dice qué clase de felicidad es la que vamos a encontrar. Quizás se trate de una felicidad que no nos interese.

Entonces el hermano menor le dijo:

—A mi entender no es como tú dices. Nadie escribiría algo en broma sobre una piedra. Además, la inscripción está muy clara y hemos comprendido perfectamente su significado. Primeramente, creo que no corremos gran riesgo intentando conseguir lo que promete. En segundo lugar, si no lo intentamos, puede hallar la piedra otra persona, leer la inscripción, y siguiendo las instrucciones hallar la felicidad. Y nosotros no tendremos nada. En tercer lugar, sin trabajo y riesgo no existe la alegría en este mundo. Y además, no quiero que me tomen por cobarde.

Entonces el hermano mayor dijo:

—Hay un proverbio que dice: «Al buscar la felicidad grande, perderás la pequeña». Y también otro: «No me prometas la cigüeña del cielo, dame un abejorro en la mano».

A lo que el hermano menor contestó:

—Yo también conozco otros proverbios que dicen: «Si temes a los lobos no vayas al bosque». Y otro: «El agua no corre por debajo de la piedra que no se mueve»². Yo creo que debemos ir.

Y el hermano menor se fue solo. Al poco de penetrar en el bosque vio el río. Lo cruzó a nado. Pronto y en la misma orilla encontró a la osa dormida. Entonces cogió a los oseznos y echó a correr sin mirar atrás, montaña arriba. Cuando ya estaba en la cima, acudió a su encuentro una multitud de gente que le condujo hacia una carroza que le llevó hasta una ciudad próxima donde fue proclamado zar.

Reinó durante cinco años. Al sexto año de su reinado otro zar, más poderoso que él, le declaró la guerra. Se apoderó de la ciudad y le expulsó del reino. Entonces el hermano menor empezó a vagar por el mundo hasta que encontró a su hermano mayor. Éste vivía, ni rico ni pobre, en una aldea. Los dos hermanos se alegraron al encontrarse otra vez juntos y empezaron a contarse cuál había sido su vida desde que se habían separado.

El hermano mayor dijo:

—¿Ves? Yo tenía razón. He vivido tranquilamente; mientras tú, aunque has sido zar, has sufrido muchas desgracias.

Pero el hermano menor le contestó:

—No me lamento por haber ido al bosque y subido a la cima de la montaña. Aunque ahora no esté como antes, tengo cosas buenas de mi vida pasada que recordaré siempre, mientras que tú no tienes nada en qué pensar.

EL ZAR Y LA CAMISA

Hubo una vez un zar que cayó enfermo, y dijo:

–Daré la mitad de mi reino a aquel que consiga devolverme la salud.

Entonces se reunieron los sabios y empezaron a pensar en la manera de sanar al zar enfermo. Nadie sabía. Solamente uno de ellos dijo:

–Yo sé cómo curar al zar. Es preciso encontrar a un hombre feliz, quitarle la camisa y ponérsela al zar. Entonces sanará.

El zar ordenó que buscaran al hombre feliz. Todos los servidores del zar recorrieron el reino buscando a un hombre que fuera completamente feliz, pero no pudieron encontrarlo. Uno era rico pero estaba enfermo; otro estaba sano pero era pobre; el tercero era rico y tenía salud, pero su mujer no era buena. Todos se quejaban de algo.

Una vez el hijo del zar, entrando en una cabaña, oyó que alguien decía:

–Gracias, Dios mío, hoy he trabajado bien, he comido y ahora voy a descansar. No necesito nada más.

El hijo del zar ordenó que le quitaran la camisa al hombre que había dicho aquello y que le dieran a cambio cuanto dinero pidiese, para poder entregar la camisa al zar. Los servidores se dirigieron al hombre feliz para quitársela pero era tan pobre que ni siquiera camisa tenía.

LA ARDILLA Y EL LOBO

Una vez, la ardilla, saltando de rama en rama, se cayó de un árbol, con tan mala suerte que fue a parar encima del lobo que estaba durmiendo.

El lobo se levantó de un salto, cogió a la ardilla con la boca y se dispuso a devorarla.

–Déjame –chilló la ardilla suplicante.

–Está bien, te dejaré, pero dime antes una cosa: ¿Por qué vosotras las ardillas siempre estáis tan alegres? Yo estoy siempre tan aburrido...

–Antes déjame subir al árbol y desde allí te lo diré... aquí te tengo miedo...

El lobo la dejó marchar. La ardilla subió rápidamente al árbol y desde allí le dijo:

–Estás aburrido porque tienes mal carácter. La maldad te quema el corazón. En cambio nosotras, las ardillas, no hacemos daño a nadie y por eso siempre estamos alegres.

EL CAMPESINO Y EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS

A un campesino se le cayó el hacha al río. Muy apenado, se sentó en la orilla y se echó a llorar.

El Espíritu de las Aguas, al oírle, se compadeció del campesino y, sacando del agua un hacha de oro, le preguntó:

—¿Es ésta tu hacha?

El campesino contestó:

—No, no es la mía.

El Espíritu de las Aguas le enseñó otra hacha de plata. El campesino dijo nuevamente:

—No, ésta no es mi hacha.

Entonces el Espíritu de las Aguas le dio las tres hachas porque había dicho la verdad.

Al llegar a su casa, el campesino mostró las hachas a sus amigos y les explicó lo que le había ocurrido. Entonces otro campesino decidió conseguir también un hacha de oro, y dirigiéndose al río, echó su hacha al agua. Se sentó en la orilla y empezó a lamentarse.

El Espíritu de las Aguas le enseñó un hacha de oro y le preguntó:

—¿Es ésta tu hacha?

El campesino, sonriendo, exclamó:

—¡Sí, es mía, es mía! —pensando que el Espíritu de las Aguas se la entregaría enseguida.

Sin embargo, ni le dio el hacha de oro ni le devolvió la que había tirado al río, porque no había dicho la verdad.

EL LEÓN Y EL PERRITO

En un jardín zoológico de Londres se mostraban las fieras al público a cambio de dinero o de perros y gatos que servían para alimentarlas.

Una persona que deseaba verlas y no poseía dinero para pagar la entrada agarró al primer perrito callejero que encontró y lo llevó a la Casa de Fieras. Le dejaron pasar e inmediatamente echaron al perrito en la jaula del león para que éste se lo comiera. El perrito, asustado, se quedó en un rincón de la jaula, observando al león, que se acercó para olfatearlo.

El perro se puso patas arriba y empezó a menear la cola.

El león le tocó ligeramente con la pata y el perrito se levantó, sentándose sobre sus patas traseras.

El león iba examinándolo por todas partes, moviendo su enorme cabeza pero sin hacerle el menor daño. Al ver que el león no se comía al perrito, el guardián de la jaula le echó un pedazo de carne. El león cogió un trozo y se lo dio al perrito.

Al llegar la noche, el león se echó en el suelo para dormir y el perrito se acomodó a su lado, colocando la cabeza sobre la pata de la fiera.

A partir de entonces, los dos animales convivieron en la misma jaula. El león no hacía ningún daño al perrito, dormía a su lado y a veces incluso jugaba con él.

Cierta día, un señor visitó el zoológico y reconoció a su perro que se le había extraviado. Fue a pedir al director que se lo devolviera, y cuando iban a sacarlo de la jaula el león se enfureció y no hubo forma de conseguirlo.

Así el león y el perrito siguieron viviendo en la misma jaula durante un año entero.

Al cabo de un año el perrito se puso enfermo y murió.

El león dejó de comer, se puso triste y olfateaba al perrito, lamiéndolo y acariciándolo con la pata.

Al comprender que su amigo había muerto, se enfureció, empezó a rugir y a mover la

cola con rabia, tirándose contra los barrotes de la jaula como queriendo destrozarla.

Así pasó todo el día. Luego se echó al lado del perrito y permaneció quieto, pero no permitió que nadie se llevara de la jaula el cuerpo sin vida de su amigo.

El guardián de la jaula creyó que el león olvidaría al perrito si metía a otro en la jaula, y así lo hizo, pero ante su asombro vio cómo lo mataba en el acto devorándolo.

Luego se echó nuevamente, abrazando al perrito muerto, y permaneció así durante cinco días. Al sexto día, el león también murió.

EL ZORRO Y EL UROGALLO

El urogallo se había posado en la rama de un árbol. Se le acercó el zorro y le dijo:

–¡Buenos días, amiguito! Al oír tu canto he querido siempre venir a saludarte.

–Muchas gracias –le contestó el urogallo–; eres muy amable.

El zorro fingió no haberle oído bien y le dijo:

–¿Qué dices? No te oigo. Baja del árbol y ven a pasear un rato por la hierba y charlaremos un poco.

Y el urogallo le respondió:

–Nosotros, los pájaros, no solemos bajar de los árboles... es peligroso.

–¿Es que me tienes miedo? –dijo el zorro.

–No, a ti no te tengo miedo... pero a las demás fieras, sí... hay tantas...

–No, amiguito, no debes temer a nadie... Ahora existe un nuevo decreto en todo el mundo, según el cual debe haber paz entre todos los animales...

–¡Qué bien! –exclamó el urogallo–. Mira, ahora mismo veo cómo corren los perros que se acercan... antes habrías tenido que huir, pero ahora ya no estás en peligro.

Al oír tales palabras, el zorro aguzó sus orejas y se preparó para la huida.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué quieres marcharte? –le preguntó el pájaro.

–¡Porque vete a saber si están enterados de este nuevo decreto! –dijo el zorro. Y echó a correr a toda velocidad.

EL LOBO Y EL PERRO

Un lobo muy flaco y escuálido se paseaba cerca de una aldea cuando se encontró con un perro gordo y reluciente.

–Dime, amiguito. ¿Quién os da de comer, a vosotros, los perros?

–Pues, la gente... nuestros dueños.

–Sí, realmente les prestáis gran servicio. Y difícil.

–No, no es tan difícil... Nuestro deber es vigilar la casa desde el patio.

–¿Y sólo por esto os dan de comer? Ahora mismo estaría dispuesto a prestarles ese servicio a cambio de algo de comer, porque a nosotros, los lobos, nos cuesta mucho encontrar comida...

–Siendo así, ve a ver a mi dueño y pídeselo... Seguramente te tomará a su servicio y te dará de comer.

El lobo se puso muy contento y se dirigió hacia la aldea, acompañado por el perro. Cuando ya estaban cerca de la casa y estaban a punto de entrar en el patio, el lobo se fijó en que el perro tenía el pelo y la piel del cuello arañados.

–¿Cómo es que tienes el cuello tan mal? –le preguntó.

–Porque sí...

–Pero ¿con qué te has hecho ese daño? –insistió el lobo.

–Pues, verás... con la cadena... Durante el día estoy encadenado... es la cadena lo que me hiere el cuello... –dijo el perro.

–¡Ah!, siendo así... Adiós, amiguito –exclamó el lobo–. No quiero prestar ningún servicio a los hombres. Prefiero estar flaco y no comer, pero disfrutar de mi libertad.

EL VIEJO CABALLO

Teníamos una casa en el campo. En ella vivía un anciano de noventa años llamado Pimen Timoféich. Vivía allí con su nieto. Estaba muy encorvado y andaba lentamente, apoyándose en su bastón. Tenía la boca desdentada y su cara estaba surcada de arrugas. Los labios le temblaban y no se le entendía cuando hablaba.

Éramos cuatro hermanos y nos hubiera gustado mucho poder montar a caballo, pero los que teníamos no estaban adiestrados. Sólo teníamos uno viejo, llamado Vóronok.

Cierto día, nuestra madre nos dejó montar a Vóronok. Fuimos a la cuadra, acompañados de nuestro ayo. El cochero nos ensilló al viejo Vóronok. Mi hermano mayor fue el que montó primero.

Cabalgó durante largo rato por la era y alrededor del jardín.

—¡Al galope! ¡Al galope! —le gritábamos.

Mi hermano espoleó al caballo y, golpeándole los flancos con un látigo, partió al galope, pasando cerca de nosotros.

Luego le tocó el turno a mi segundo hermano. Cabalgó también durante mucho rato, haciendo galopar al caballo a fuerza de latigazos. Quería seguir montando, pero mi tercer hermano dijo que ya era hora de que le dejaran montar a él y tuvieron que cederle el caballo.

Galopó por la era, por el jardín y por toda la aldea. Por fin regresó a la cuadra. Vóronok jadeaba. Su cuello, lleno de sudor, parecía más oscuro.

Entonces me tocó a mí. Yo quería sorprender a todos con mi destreza.

Azucé y fustigué al caballo con todas mis fuerzas, pero Vóronok no quiso salir de la cuadra. Enfurecido, le pegué con el látigo y le golpeé con los pies.

Se me rompió el látigo y seguí pegándole con el mango de madera, pero todo fue en vano. Pedí otro látigo más resistente a mi ayo pero me dijo:

—El pobre ya ha cabalgado bastante.

–Pero yo todavía no he montado.

–Baja y no atormentes así al caballo.

–Pero si todavía no he podido cabalgar –repetí yo–. Dame otro látigo y verás cómo le hago galopar.

–Muchacho, no tienes corazón. ¿No ves que está agotado? Apenas puede respirar. Es muy viejo. Ya tiene veinte años. Es como Pimen Timoféich. Es igual que si montaras encima de Pimen y le obligaras a galopar a golpes de látigo. ¿No te daría lástima?

Al recordar a Pimen Timoféich, obedecí a mi ayo, bajándome del caballo.

Entonces, al bajarme del caballo que jadeaba exhausto y cubierto de sudor, comprendí el terrible esfuerzo que había realizado al galopar con mis tres hermanos. Yo había creído que el caballo se divertía como nosotros...

Me dio tanta pena que empecé a besar su cuello cubierto de sudor y a pedirle perdón por haberle maltratado.

Desde entonces, siempre que me acuerdo de Voronok pienso en el viejo Pimen Timoféich y siento una pena enorme cuando veo que maltratan a los caballos.

UN MENTIROSO

Un muchacho estaba custodiando un rebaño de ovejas, cuando, fingiendo que veía al lobo, empezó a gritar:

–¡Socorro! ¡El lobo!

Acudieron todos los campesinos que oyeron sus voces a auxiliarle y vieron que era mentira.

Tres veces consecutivas repitió el muchacho la broma, hasta que un día apareció verdaderamente el lobo.

–¡Socorro! ¡Socorro! ¡El lobo! –gritaba el muchacho.

Pero los campesinos, creyendo que se trataba de otra mentira, no acudieron a la llamada de auxilio.

El lobo, al no encontrar a nadie que se lo impidiera, mató a todo el rebaño.

EL CAMPESINO Y LOS PATOS

A un campesino se le terminó el trigo. Pensó en pedirselo al amo, y para no presentarse a verlo con las manos vacías, cogió un pato, lo asó y se lo llevó como regalo.

El amo lo aceptó agradecido y le dijo al campesino:

–Muchas gracias por tu regalo, pero no sé cómo haremos para repartirlo. Tengo esposa, dos hijos y dos hijas. ¿Cómo haremos para repartirlo equitativamente?

–Y el campesino le contestó:

–No se preocupe, mi amo, yo sé hacerlo muy bien.

Cogió un cuchillo y cortó la cabeza del pato, diciendo:

–Tú eres el cabeza de familia. Entonces a ti te corresponde la cabeza.

Luego cortó la parte trasera y dijo a la señora:

–Tu misión es estar asentada en tu casa para cuidarla, entonces a ti te corresponde esta parte del ave.

A continuación cortó las patas y dándole una a cada hijo les dijo:

–A vosotros os corresponden las patas, puesto que debéis andar el camino que vuestro padre os ha trazado.

Y a las hijas les dio las alas, diciendo:

–Puesto que pronto volaréis de vuestra casa, os corresponden las alas. Y el resto es para mí.

Y así se quedó casi todo el pato.

Al amo le gustó la broma y le dio al campesino el trigo que le pedía, además de dinero.

Otro rico campesino se enteró de lo ocurrido y pensó que si el amo había regalado al campesino pobre trigo y dinero a cambio de un solo pato, más le daría a él si le llevaba cinco. Así que cogió cinco patos, los asó y se los llevó al amo como regalo.

–Te agradezco el regalo, pero siendo seis, ¿cómo crees que podremos repartirlos? Somos mis cuatro hijos, dos hijos y dos hijas, mi esposa y yo...

El campesino se puso a meditar, pero no sabía cómo resolver el problema.

Entonces el amo mandó llamar al primer campesino y le ordenó que hiciera el reparto.

El campesino cogió un pato y entregándoselo al amo y a su esposa, les dijo:

–Con este pato, seréis tres.

Luego dio otro a los hijos y les dijo:

–Con este pato, seréis tres.

A continuación dio otro pato a las hijas y les dijo:

–Con este pato, seréis tres.

Y los dos patos que quedaba, se los guardó, diciendo:

–Yo y estos dos patos también seremos tres. Esto es lo más justo.

El amo se echó a reír, le dio al campesino pobre más trigo y dinero y echó al campesino rico a la calle.

MALANIA Y AKULINA

Aquel año, la Semana Santa llegó muy pronto, cuando apenas se había dejado de viajar en trineo. En los patios todavía había nieve y por la aldea corrían los riachuelos que formaba al fundirse.

En un estrecho callejón situado entre dos patios, se había formado un gran charco. Dos niñas, procedentes de dos casas distintas –una pequeña y otra algo mayor–, se encontraron al borde del charco. Ambas iban vestidas con trajes nuevos. La más pequeña llevaba un vestido azul y la mayor uno amarillo con dibujos.

Las dos llevaban un pañuelo rojo sobre la cabeza. Acababan de salir de misa. Salieron corriendo hacia el charco y, después de enseñarse los vestidos nuevos, se pusieron a jugar.

La más pequeña quería pasar por encima del charco sin quitarse los zapatos, pero la mayor le dijo:

–No hagas eso, Malania. Tu madre te va a reñir. Yo me quitaré los zapatos. Descálzate tú también.

Se quitaron los zapatos y se metieron en el charco corriendo una al encuentro de la otra.

A Malania el agua le llegaba a los tobillos.

–¡Aquí está muy hondo! Tengo miedo, Akulina.

–No tengas miedo. El charco no es más hondo. Ven aquí donde estoy yo.

Cuando iban a reunirse, Akulina, la mayor, le dijo a Malania:

–Ten cuidado, no corras. ¡Vas a salpicarme!

Pero en aquel momento, Malania dio un traspiés y salpicó el traje nuevo de su amiga, manchándolo. Y no solamente el vestido sino sus ojos y su nariz.

Al ver su vestido nuevo manchado, Akulina, muy enfadada, se precipitó hacia Malania para pegarle, pero ésta, asustada, salió corriendo del charco y se dirigió a su casa.

La madre de Akulina que pasaba por allí, al ver que su hija tenía el traje lleno de manchas, empezó a gritar:

—¿Dónde te has puesto así, mala?

—Ha sido Malania. Ha sido ella quien me ha salpicado.

Entonces la madre de Akulina corrió tras Malania, la agarró y le pegó. La niña empezó a gritar, alborotando toda la calle. Al oírla acudió su madre.

—¿Por qué pegas a mi hija? —gritó a su vez. Y empezó a increpar a su vecina.

Las dos vecinas empezaron a insultarse. Al oírlas gritar, los campesinos salieron de sus casas y se agruparon en la calle. Todos discutían y nadie escuchaba lo que decían los demás.

Se empezaron a empujar y comenzó una pelea que podía terminar en verdadera batalla entre unos y otros.

Entonces intervino una anciana que era la abuela de Akulina. Se acercó a la multitud y quiso calmarla con las siguientes palabras:

—¿Qué hacéis, insensatos? Tendríais que rezar en vez de pelear de este modo. Estáis pecando.

Al principio nadie le hacía caso y poco faltó para que la derribaran a ella también. Y no se sabe qué hubiera podido ocurrir de no ser por las dos niñas.

Akulina se había limpiado las manchas que le había hecho Malania y, cogiendo una piedra, apartó la tierra para que el agua del charco corriera por la calle. Malania la ayudaba con un palo.

El agua empezó a correr y muy pronto llegó al sitio donde estaba la anciana tratando en vano de separar a los que luchaban.

Las niñas corrían a ambos lados del arroyo que se había formado y Akulina gritaba:

—¡Corre, corre, Malania! ¡Alcánzala!

Y ambas se ahogaban de tanto reír. Y seguían corriendo, viendo cómo la astilla era arrastrada por el agua del arroyo.

Así llegaron hasta el grupo de campesinos que todavía seguían peleando.

Al ver llegar a las niñas, la vieja exclamó:

—¡Temed a Dios! Os estáis peleando por estas niñas, y ellas ya se han olvidado de todo y juegan amistosamente. ¡Son más inteligentes que vosotros!

Los campesinos miraron a las niñas y se avergonzaron de su conducta. Se burlaron de sí mismos y cada cual volvió tranquilamente a su casa.

«Si no sois iguales a los niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

EL RATÓN Y LA RATA CAMPESTRE

Un ratón muy importante que vivía en la ciudad fue a visitar a una sencilla rata campestre. Para obsequiar a su huésped, la ratita le ofreció lo que tenía para comer: guisantes y trigo.

El ratón de la ciudad, después de haber comido, dijo:

—Ya comprendo por qué estás tan flaca. Vives casi en la miseria. Ven a verme a la ciudad y verás cómo vivimos nosotros.

La rata campestre fue a visitarlo. Al llegar la noche, cuando la gente ya dormía, el ratón importante llevó a su huésped desde su escondite al comedor y le hizo subir a la mesa.

La rata campestre nunca había visto manjares parecidos y no sabía por dónde empezar a comer.

—Tienes razón. Nosotros vivimos mal. Nos trasladaremos a vivir aquí.

Apenas había pronunciado tales palabras cuando se abrió la puerta, entró un hombre en la habitación con una vela encendida y empezó a dar caza a los ratones... A duras penas pudieron salvarse huyendo a través de una grieta.

—No, no. No quiero venir a vivir a la ciudad. Vivimos mejor en el campo. No tenemos los manjares que tenéis aquí, pero afortunadamente no pasamos miedo como vosotros.

UNA FIERA TERRIBLE

Un ratón salió a pasear por el patio de la casa donde vivía. Luego volvió adonde estaba su madre y le dijo:

–Mamá, durante mi paseo he visto dos fieras. Una parecía terrible y la otra buena.

–A ver, cuéntamelo bien. ¿Qué fieras has visto?

–Una de aspecto terrible. Tiene las patas negras, la cresta roja, los ojos saltones y el pico en forma de gancho. Cuando he pasado cerca de ella ha abierto la boca y, levantando una pata, ha empezado a gritar tan fuerte que, del susto, no sabía ni dónde meterme.

–Era un gallo –dijo la madre–. No hace daño a nadie y no tienes por qué temerlo. ¿Y cómo era la otra fiera?

–La otra estaba echada tomando el sol y calentándose. Tenía el cuello blanco, las patas grises y finas. Lamía su pecho que también era blanco, movía ligeramente la cola y me miraba...

–¡Tonto! ¡Si era el mismísimo gato!

PADRE E HIJOS

Un padre se empeñaba en enseñar a sus hijos a vivir en buena armonía, pero ellos no le hacían caso. Entonces les ordenó que trajeran una escoba y les dijo:

–Rompedla.

A pesar de que se esforzaron cuanto pudieron, no lograron romperla.

Entonces el padre desató las varas que formaban la escoba y les dijo a sus hijos que las rompieran una a una, lo que consiguieron con gran facilidad.

–Pues así os sucederá a vosotros... Si vivís en buena armonía, nadie os vencerá, y si vivís desunidos, cualquiera podrá con vosotros.

ILÍAS

En la provincia de Ufá vivía un campesino bashkir llamado Ilías. Su padre le había casado un año antes de morir y le había dejado una pequeña herencia: siete yeguas, dos vacas y veinte carneros.

Ilías administró muy bien sus bienes y no tardó en aumentarlos considerablemente. Trabajaba de la mañana a la noche, ayudado por su esposa. Era el primero en levantarse y el último en acostarse. De año en año su fortuna iba en aumento. Y así, al cabo de treinta y cinco años había reunido una gran fortuna.

Poseía doscientas cabezas de ganado caballar, ciento cincuenta de ganado vacuno y más de mil doscientos carneros. Numerosos pastores cuidaban sus rebaños y muchísimas mozas de la aldea estaban ocupadas diariamente en ordeñar las vacas y las yeguas. Preparaban kumys³, mantequilla y queso.

En su casa había de todo en abundancia. La gente de la región le envidiaba, diciendo: —¡Qué dichoso es Ilías! No le hace falta morir para estar en el paraíso.

Todos buscaban su amistad. Muchos venían desde muy lejos para visitarle, e Ilías recibía en su casa a todo el mundo, agasajando a los recién llegados y ofreciéndoles comida y bebida. Para todos había kumys, leche, té y carne. Cuando llegaba un visitante, hacía sacrificar uno o dos carneros y si eran varios, incluso se sacrificaba una yegua.

Ilías tenía dos hijos y una hija. A todos los había casado cuando todavía no era rico y sus hijos le ayudaban en las faenas del campo y haciendo pacer a los rebaños. Pero cuando se enriquecieron no pensaban más que en divertirse, hasta que uno de ellos se convirtió en un borracho y el mayor de ellos murió en una pelea. El hijo menor se había casado con una mujer muy orgullosa, que en una ocasión desobedeció a sus padres, y éstos la apartaron de la familia.

Al separarse de su hijo, Ilías le regaló una casa y ganado, disminuyendo así sus riquezas. Además, se declaró una epidemia y murieron a consecuencia de ella

muchísimos carneros. Luego vino un año de hambre y sequía. En los prados faltaba pasto para el ganado y durante el invierno pereció un gran número de animales. Y por si todo esto fuera poco, los kirguises le robaron muchas piezas de ganado, con lo que su fortuna había disminuido considerablemente. Cada vez tenía menos, y al cumplir setenta años le fallaron las fuerzas y se vio obligado a vender muchos de los bienes: pieles, alfombras, sillas de montar, coches y hasta las últimas cabezas de ganado que todavía le quedaban.

Así que muy pronto se quedó sin nada, por lo que en los últimos días de su vida se vio obligado a abandonar su casa, yendo a servir a los demás para poder subsistir.

De todo cuanto había poseído, sólo le quedaba una pelliza, un gorro, unas botas y... su mujer.

Sham Shemaguí, así se llamaba ella, también era ya vieja como él. Su hijo se había marchado a un país lejano y su hija había muerto hacía mucho tiempo. Así que no tenía a nadie que pudiera ayudarle. Sólo tenía un amigo, un vecino llamado Mujamedshaj, que se compadeció de ellos.

Mujamedshaj no era ni pobre ni rico y llevaba una vida apacible de hombre bondadoso y tranquilo. Se había acordado de la hospitalidad que Ilías le había dispensado en otro tiempo y un día le dijo:

—Ven a mi casa. Vivirás con nosotros junto con tu esposa. En verano podrás trabajar en el melonar, según las fuerzas que tengas, y en invierno darás de comer al ganado. Tu mujer ordeñará las yeguas y preparará el kumys. Yo os mantendré y vestiré y os atenderé en todas vuestras necesidades.

Ilías le dio las gracias repetidamente y se trasladó a su casa junto con su esposa.

En verano trabajaba en los melonares y en invierno daba de comer al ganado.

Al principio, se sentían molestos por estar al servicio de Mujamedshaj, pero con el tiempo se acostumbraron a soportar el trabajo sin cansarse demasiado.

Mujamedshaj estaba muy contento con sus nuevos servidores, porque como habían sido también propietarios, sabían muy bien lo que había que hacer y lo que hacía falta en una casa.

Sin embargo, le daba pena ver que aquellas personas tan buenas, que en otro tiempo habían vivido tan holgadamente, hubiesen caído tan bajo.

Cierto día fueron a visitar a Mujamedshaj unos parientes lejanos suyos que vivían en un lugar muy lejano. Entre ellos había un almuédano. Mujamedshaj le dijo a Ilías que

sacrificara un carnero. Ilías, después de asarlo, lo hizo llevar a su amo, que estaba con sus huéspedes. Éstos comieron, bebieron té y luego, sentados cómodamente en edredones y alfombras, se pusieron a charlar con el dueño de la casa, mientras bebían el kumys.

Ilías, que había terminado su trabajo, pasó ante la puerta, y al verlo, Mujamedshaj dijo a uno de los presentes:

—¿Has visto a este viejo?

—Sí, lo he visto... ¿Y qué?

—Era el hombre más rico de toda la región. Se llama Ilías. Quizás lo hayas oído nombrar.

—¡Cómo no! Claro que lo he oído nombrar. Aunque no lo conocía personalmente, pero su fama había llegado hasta muy lejos.

—Pues bien. Ahora no tiene nada. Vive en mi casa. Es mi criado... y su mujer ordeña mis yeguas.

Muy sorprendido, el hombre chasqueó la lengua, movió la cabeza y dijo:

—Ya se sabe... La fortuna gira como una rueda, levantando a unos y bajando a otros. Debe de estar muy triste, el pobre viejo...

—¿Quién sabe? Está tranquilo, vive apaciblemente y trabaja mucho.

—Me gustaría hablar con él... si me lo permites.

—Claro que sí. ¡No faltaría más! —exclamó Mujamedshaj.

Se acercó a la puerta y llamó:

— *Babai*⁴. Ven a tomar una taza de kumys con nosotros... trae a tu mujer.

Ilías y su mujer entraron en la estancia. Saludaron a los invitados y al dueño. Ilías, según la costumbre, recitó una oración y se sentó en cuclillas, cerca de la puerta, mientras que Sham Shemagui pasó al otro lado de la cortina, sentándose al lado de la dueña de la casa.

A Ilías le sirvieron una taza de kumys. Después de hacer una reverencia a todos, Ilías bebió un trago y dejó la taza a un lado.

—Me parece que debes de sentirte muy apenado al vernos, y comparar tu dicha de otros tiempos con la vida que llevas ahora... ¿No es cierto, abuelito?

—Si te hablase de lo que es dicha y lo que es desdicha, no me creerías —dijo Ilías—. Mejor será que se lo preguntes a mi vieja. Como es mujer, tiene en la lengua lo mismo que en el corazón. Ella te dirá la verdad.

—Está bien. Abuelita, ¿qué piensas de tu dicha pasada y de tu desdicha actual? —le preguntó el hombre, a través de la cortina que según la costumbre de los bashkires separaba a las mujeres de los huéspedes. Así que Sham Shemaguí habló desde detrás de la cortina:

—Pues te diré lo que pienso, mi marido y yo hemos vivido cincuenta años, buscando siempre la felicidad sin lograr encontrarla. Sólo hace dos años, después de haberlo perdido todo y sirviendo a los demás, hemos hallado la verdadera dicha y actualmente no deseamos nada más.

Todos los invitados, incluso el dueño de la casa, quedaron sorprendidos al oírla. El dueño se levantó y apartó la cortina para ver a la viejecita.

Estaba de pie, con los brazos cruzados, sonriendo a su marido, que la miraba también sonriente.

—Te he dicho la pura verdad —continuó la vieja—. Durante medio siglo hemos estado buscando la felicidad, pero siendo ricos no podíamos encontrarla. Mientras que ahora, cuando no nos queda nada y servimos a otros, es cuando hemos hallado la verdadera felicidad y no deseamos nada más —repitió.

—Pero ¿en qué consiste esta felicidad de que gozáis ahora?

—Te lo diré. Éramos ricos, pero ni mi marido ni yo teníamos un momento de sosiego. No podíamos conversar tranquilamente ni pensar en la salvación de nuestras almas, ni siquiera rezar a Dios. ¡Teníamos tantas preocupaciones! Constantemente llegaban huéspedes y era preciso atenderles, hacerles regalos, obsequiarles para que no nos censurasen por falta de atenciones. También había que vigilar a los criados, que siempre estaban procurando comer mejor y trabajar menos. Teníamos que preocuparnos constantemente de que no nos robaran. Teníamos miedo de que los lobos nos arrebatasen un pollino o una ternera, o de que los ladrones se llevasen los rebaños. Al llegar la noche no dormíamos temiendo que los carneros aplastasen a los corderos. Nos levantábamos de la cama a dar una vuelta por los rediles, y en cuanto volvíamos a acostarnos, empezábamos a preocuparnos de la manera de conseguir pastos para el invierno. Además, no lográbamos ponernos de acuerdo. Él siempre quería hacer una cosa y yo otra. Empezábamos a discutir y pecábamos. Y así seguíamos viviendo de preocupación en preocupación, de pecado en pecado, sin que consiguiéramos sentirnos felices.

—¿Y ahora?

—Ahora siempre estamos de acuerdo. No tenemos por qué discutir, ni preocuparnos por nada, sólo tenemos que pensar en servir a nuestro amo. Trabajamos en la medida que nos permiten nuestras fuerzas, y lo hacemos con gusto, procurando que el amo no pierda, sino que obtenga beneficios. Al volver del trabajo, encontramos que la comida está servida y el kumys preparado. Si hace frío, tenemos fuego y abrigo. Nos queda tiempo para conversar, rezar a Dios y pensar en nuestras almas. Así es que hemos buscado la felicidad durante cincuenta años y sólo ahora la hemos hallado.

Todos los presentes se echaron a reír.

—¡Hacéis mal en reiros, hermanos! —exclamó Ilías—. No se trata de una broma sino de toda una vida. Y os lo digo muy en serio: hemos sido necios, tanto mi mujer como yo, en llorar la pérdida de nuestra fortuna... Dios nos ha revelado la santa verdad y si nosotros os decimos esto es por vuestro bien.

Entonces empezó a hablar el almuédano y dijo:

—Estas palabras están llenas de sabiduría. Ilías os ha dicho la pura verdad. Y esto está escrito en las Sagradas Escrituras.

Y todos dejaron de reír y permanecieron pensativos durante largo rato.

EL CIEGO

Un ciego regresaba a su casa por la noche y en la mano llevaba una linterna.

—¡Qué tonto! —dijo alguien al verlo—. ¡Para qué ilumina su camino si no ve nada!

Pero el ciego llevaba la linterna para que los que no estaban ciegos no tropezaran con él.

LOS RATONES Y EL GATO

Los ratones estaban desesperados por culpa del gato, porque cada día se comía a dos o tres de ellos.

Un día se reunieron en consejo. Discutieron mucho pero no encontraron remedio para sus males.

Al fin uno de ellos dijo:

–Yo sé cómo podemos librarnos de las garras del gato. Nos coge porque se acerca en silencio sin que oigamos sus pasos. Lo que tenemos que hacer es colgarle un cascabel en el cuello. Entonces cada vez que se acerque podremos salir huyendo.

–Esto está muy bien –dijo un ratón viejo–, pero ¿dónde encontramos ratón capaz de atreverse a colgarle un cascabel al gato y que además consiga hacerlo?

EL ABUELO Y SU NIETO

Un abuelo llegó a ser muy viejo. No podía andar y no le querían en su mesa y comía aparte, en una taza de porcelana. El viejo la dejó caer y la taza se rompió. Desde entonces su nuera le reñía continuamente diciendo que rompía y estropeaba todo lo de la casa y que en adelante comería en un cuenco de madera.

El viejo suspiró y no dijo nada.

Un día el matrimonio observó que su hijito hacía algo con unos trozos de madera. El padre le preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Misha?

Y el chiquillo le contestó:

—Estoy haciendo un cuenco de madera para que comáis en él cuando seáis viejos.

Los padres se miraron y se echaron a llorar. Sintieron una profunda vergüenza al darse cuenta de lo mal que se portaban con el abuelo. Desde entonces volvieron a comer todos en la misma mesa y trataron al viejo abuelo en la forma que merecía.

LA ZORRA Y LA GRULLA

La zorra invitó a la grulla a que comiera en su casa y le dio caldo que le sirvió en un plato llano. La grulla, con su largo pico, no pudo comer nada y la zorra se lo comió todo.

Al día siguiente, la grulla a su vez invitó a la zorra a comer y le ofreció la comida en un jarro. La zorra no pudo comer porque la boca del jarro era demasiado estrecha y la grulla con su pico fino y largo se lo comió todo ella sola.

FELIPÍN

Había un niño que se llamaba Felipe. Sus amigos se disponían a ir a la escuela y él cogió también su gorro para ir con ellos.

—¿Adónde vas, Felipín? —le preguntó su madre.

—A la escuela.

—No —dijo la madre—. Eres demasiado pequeño para ir a la escuela. Tienes que quedarte en casa.

Sus compañeros se habían ido. Su padre no estaba en casa porque se había marchado al bosque muy temprano. Al cabo de poco rato, su madre también se fue y Felipín se quedó solo con la abuela que dormía cerca de la estufa.

Felipín se aburría solo. No encontró su gorro y cogiendo el viejo de su padre se dirigió hacia la escuela.

La escuela estaba situada en las afueras de la aldea, cerca de la iglesia. Al pasar por su calle, los perros que lo conocían no ladraron ni intentaron morderlo, pero al pasar por otras calles el perrito «Juchka», al verlo, empezó a ladrar. Luego le salió al paso un perro grande que se llamaba «Vochok».

Felipín echó a correr perseguido por los perros, tropezó y se cayó. Acudió un campesino a socorrerlo, alejó a los perros y le preguntó:

—¿Adónde vas solo, chiquillo?

Felipín no le contestó. Se levantó y corrió de nuevo hacia la escuela.

En el porche de la escuela no había nadie, pero dentro de la casa gritaban los niños. Felipín se asustó. El maestro podía verlo y echarlo a la calle donde los perros lo acometerían de nuevo.

En esto apareció una campesina con un cubo de agua y le dijo:

—¿Qué haces aquí solo cuando todos están en la escuela aprendiendo?

Felipín se decidió a abrir la puerta y entró quitándose el gorro.

La escuela estaba llena de niños y niñas que gritaban y el maestro, con una bufanda roja, se paseaba entre ellos.

Al verlo entrar, le preguntó:

—¿Qué quieres?

Felipín apretaba su gorro contra el pecho y no respondía nada.

—¿Quién eres?

Felipín callaba.

—¿Es que eres mudo?

Felipín estaba tan asustado que ni hablar podía.

—Pues si no quieres hablar, ya puedes irte a tu casa...

Felipín se echó a llorar.

El maestro sintió lástima y acercándose a él le acarició la cabeza con la mano y preguntó a los demás niños si alguno de ellos conocía a Felipín.

—Sí, sí, lo conocemos —gritaron algunos—. Es el hermanito de Kostia... hace tiempo que quiere venir a la escuela pero su madre no le deja... por cierto, habrá venido sin que en su casa lo sepan.

—Está bien —dijo el maestro—. Si es así, siéntate al lado de tu hermanito y yo pediré a tu madre que te deje venir.

El maestro empezó a enseñarle las letras pero el niño dijo que ya las sabía un poco.

—Entonces deletrea tu nombre —ordenó el maestro.

—Fe-e-li-i-pín.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo el maestro—. ¿Quién te ha enseñado a leer?

Felipín ya no tenía miedo y contestó:

—Mi hermanito Kostia... soy muy listo y lo aprendí enseguida.

El maestro sonrió y dijo:

—No presumas tan pronto... primero tienes que estudiar.

Y desde entonces, Felipín fue a la escuela cada día con sus amigos.

EL ERIZO Y LA LIEBRE

Un día, el erizo encontró a la liebre, y ésta le dijo:

–Pareces muy apuesto, pero tienes las patas torcidas...

El erizo se enfadó y dijo:

–No te burles de mí. Aunque tenga las patas torcidas, corro mejor que tú con las tuyas que son rectas. Ahora voy a casa, pero luego volveré y entonces podremos apostar a ver quién corre con más rapidez.

–Está bien –dijo la liebre–, lo probaremos.

El erizo al volver a su casa le dijo a su esposa:

–He apostado con la liebre a ver quién de los dos corre más deprisa.

Y la esposa le dijo:

–Estás loco o eres tonto de remate. La liebre es muy veloz, tiene las patas rectas y no torcidas como las tuyas.

–De acuerdo. Sus patas son más rápidas, pero su cerebro es muy pequeño. Vamos al campo y tú harás lo que yo te diga.

Se dirigieron al campo donde la liebre ya le estaba esperando. Una vez allí el erizo le dijo a su mujer:

–Escóndete detrás de este arbusto que está detrás del surco. Nosotros empezaremos a correr desde el otro extremo del surco hasta aquí. Cuando la liebre eche a correr yo también me esconderé y le dirás: «Hace tiempo que te estoy esperando». La liebre no se dará cuenta.

Y así lo hicieron.

La liebre echó a correr desde el otro extremo del surco y el erizo se escondió. Al llegar a la meta, la liebre no reconoció a la esposa del erizo, confundiéndola con el erizo, y le dijo:

–¡Qué cosa más incomprensible! ¿Es posible que hayas corrido más deprisa que yo? A

ver, vamos a correr hasta donde hemos empezado.

–Está bien, vamos a correr.

La liebre empezó a correr y al llegar a la meta se encontró nuevamente con el erizo.

–Ya hace tiempo que te estoy esperando –le dijo éste.

–No lo entiendo... he corrido con todas mis fuerzas y, sin embargo, tú me has ganado.

Corrieron una vez más. La liebre se cansó tanto que casi no podía respirar.

Desde entonces nunca más apostó, convencida de que en aquella ocasión había perdido.

EL PERRO MUERTO

Una tarde, Jesús llegó a las puertas de una ciudad y envió a sus discípulos a preparar la cena, e impulsado al bien y a la caridad, prosiguió por las calles hasta llegar a la plaza del mercado.

Allí, en un rincón, la gente contemplaba algo que había en el suelo. Jesús se aproximó para ver qué era aquello que llamaba tanto la atención.

Vio que era un perro muerto con una cuerda atada al cuello para arrastrarlo hacia un foso.

Era la cosa más vil, repugnante e impura que pudiera ofrecerse a las miradas de la gente.

Todos lo miraban asqueados.

–Esto hiede y enturbia el aire.

–Este cadáver putrefacto estorba en la calle.

–Y mirad su piel... ni un solo pedazo serviría para hacer unas sandalias.

–¡Qué asco!

–Lo habrá matado algún ladrón...

Jesús iba escuchando todos los comentarios, y dirigiendo una mirada de compasión al animal inmundo, dijo:

–Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas.

Entonces todo el pueblo admirado se volvió hacia Él, exclamando:

–¿Quién es este desconocido? ¡Será Jesús de Nazaret! Sólo Él puede encontrar motivo de compasión e incluso algo que alabar en un perro muerto...

Y todos, avergonzados, se prosternaron ante el Hijo de Dios, y luego se dispersaron y siguieron su camino.

EL MANANTIAL

Era un caluroso día de verano. Tres viajeros se detuvieron junto a un fresco y límpido manantial, rodeado de árboles y húmedo césped, situado al borde del camino. El agua, pura como las lágrimas, caía en un recipiente de piedra y desde allí iba a derramarse por la pradera.

Los viajeros bebieron agua del manantial y descansaron a la sombra de aquellos frondosos árboles. Junto al manantial había una piedra en la que se podían descifrar las siguientes palabras: «Sed iguales a este manantial».

Los viajeros leyeron la inscripción y se preguntaron cuál sería el significado de la misma.

—En realidad, se trata de un buen consejo —dijo uno de ellos que era comerciante—. El arroyo corre sin cesar, va muy lejos y en su curso recibe de otros arroyos y se convierte en un gran río. Así debe imitarlo el hombre, ocupándose continuamente de sus asuntos para conseguir triunfar y enriquecerse.

—No —dijo otro más joven que el anterior—. A mi entender esas palabras significan que el hombre debe preservar su alma de los malos deseos y de las malas acciones. Debe conservarla tan pura como el agua del manantial, que da fuerzas a los que, como nosotros, se detienen para beber. Si al correr por el mundo su agua se enturbiara no serviría para nada y nadie querría beberla.

Entonces, el tercer viajero, que era un anciano, sonrió y dijo:

—El joven tiene razón. Este límpido manantial, dando de beber al sediento, enseña al mismo tiempo a practicar el bien en todo momento, sin esperar agradecimiento ni recompensa.

LOS MELOCOTONES

Tijón Kúzmich era un campesino que, al regresar cierto día a su aldea procedente de la ciudad, llamó a sus cinco hijos y les dijo:

—¡Mirad qué regalo os traigo de parte del tío Efim!

Cuando los niños acudieron presurosos, el padre abrió el paquete.

—¡Oh, qué manzanas tan bonitas! —exclamó Vaña, un muchacho de seis años—. ¡Mira, María, qué rojas son!

—Me parece que no son manzanas —dijo Serguéi, el mayor—; la corteza parece cubierta de vello.

—Son melocotones —dijo el padre—. Nunca habíais visto esta fruta. El tío Efim los ha cultivado en su invernadero, porque los melocotones sólo maduran en los países cálidos y aquí sólo pueden conseguirse en los invernaderos.

—¿Y qué es un invernadero? —preguntó Volodia, el tercer hijo de Tijón.

—El invernadero es una construcción de paredes y techo de cristal. Según me dijo Efim, se construye así para que el sol pueda calentar más las plantas. Y en invierno, se mantiene la misma temperatura por medio de una estufa.

Y volviéndose hacia su esposa, dijo:

—Toma, mujer. Para ti el melocotón más grande, y los demás para vosotros, hijos míos.

Al llegar la noche, Tijón preguntó:

—¿Qué os ha parecido la fruta del tío Efim?

—Tiene un gusto fino y es muy sabrosa —dijo Serguéi—. Quiero plantar el hueso en una maceta, quizás salga un árbol.

—Probablemente serás jardinero, ya que se te ocurre pensar en cultivar árboles.

—Y yo —dijo el pequeño Vaña— he encontrado el melocotón tan bueno que le he pedido a mamá la mitad del suyo. Pero he tirado el hueso.

–Tú todavía eres demasiado joven –murmuró el padre.

Y Vasili, el segundo de los hijos, dijo:

–Sí... Vaña ha tirado el hueso... pero yo lo recogí y lo rompí. Estaba muy duro y dentro tenía una cosa que me comí. Tenía un gusto parecido a la nuez, pero era más amargo. En cuanto a mi melocotón, no me lo comí. Lo vendí por diez poecs. Creo que no valía más.

Tijón movió la cabeza y dijo:

–Demasiado pronto empiezas a negociar. Tú serás comerciante.

–Y tú, Volodia, ¿qué me dices? –preguntó a su tercer hijo–. ¿Tenía buen gusto tu melocotón?

–No lo sé...

–¿Cómo que no lo sabes? ¿Es que tampoco te lo has comido?

–Se lo he llevado a Grisha... Está enfermo. Le conté lo que tú nos dijiste de la fruta... Lo miraba, pero no quería cogerlo. Entonces se lo dejé y me fui.

El padre puso la mano sobre la cabeza del niño y dijo:

–Dios te lo devolverá.

NOTAS

¹ Bebida popular rusa que se elabora con pan fermentado. (*N. del T.*)

² Los equivalentes de dichos proverbios en español podrían ser: «Quien mucho abarca, poco aprieta»; «Más vale pájaro en mano que ciento volando» y «Agua que no corre no mueve molino». (*N. del T.*)

³ Leche de yegua fermentada. (*N. del T.*)

⁴ *Babai* , abuelito en lengua bashkir. (*N. del T.*)

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Noviembre de 2011

© Del prólogo, Víctor Andresco, 2004

© De la traducción, Alexis Marcoff/Editorial Labor, 1970

© Ediciones Siruela, S. A., 2004, 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-689-3

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Iván el Tonto y otros cuentos	5
Introducción por Víctor Andresco	8
Iván el Tonto	13
Las ciruelas	41
Lipúniushka	42
Los dos hermanos	44
El zar y la camisa	47
La ardilla y el lobo	48
El campesino y el Espíritu de las Aguas	49
El león y el perrito	50
El zorro y el urogallo	52
El lobo y el perro	53
El viejo caballo	54
Un mentiroso	56
El campesino y los patos	57
Malania y Akulina	59
El ratón y la rata campestre	62
Una fiera terrible	63
Padre e hijos	64
Ilías	65
El ciego	70
Los ratones y el gato	71
El abuelo y su nieto	72
La zorra y la grulla	73
Felipín	74
El erizo y la liebre	76
El perro muerto	78

El manantial	80
Los melocotones	81
Notas	83
Créditos	84